

Un «suicidio» para armar

Un pueblo disciplinado, organizado y consciente es, junto a la limpia lealtad de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, la mejor defensa del Gobierno Popular y del futuro de la Patria.

Salvador Allende, discurso del 1 de Mayo de 1971, en la Plaza Bulnes de Santiago de Chile.

Y tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza.

Salvador Allende, discurso del 11 de septiembre de 1973, a las 9.15 horas, en el Palacio de La Moneda, Santiago de Chile.

Eran seis o siete minutos después de las dos de la tarde del día 11 de septiembre de 1973. Una patrulla de penetración de la Escuela de Infantería de San Bernardo, al mando de un capitán, irrumpió, cubriéndose con una cortina de ráfagas de fusiles FAL, en la parte superior de la escalera principal del Palacio de la Moneda, llegando hasta la entrada del Salón Rojo. Una vez allí, a través de la densa humareda provocada por el incendio de una parte del edificio y las explosiones de bombas lacrimógenas, granadas de cañones sin retroceso de 75 mm y de cañones de tanques Sherman, el capitán de la patrulla de penetración vio a tres o cuatro civiles que, con subametralladoras, trataban de enfrentarse al ataque militar. El capitán disparó su arma automática defectuosamente, soltando el gatillo de inmediato. Una de las tres balas percutadas dio en el estómago de uno de los civiles. Un soldado de la patrulla de penetración también disparó. Impactó en el abdomen del mismo civil, ya herido

en el estómago. Sólo en ese instante reaccionó el capitán de la patrulla, reconoció al civil que yacía en el suelo, retorciéndose de dolor, y lo acribilló con una ráfaga de su fusil ametrallador. «¡Cagamos al Presidente!», gritó el capitán, mientras saltaba hacia la escalera de entrada huyendo del fuego que disparaba un grupo de civiles combatientes que habían irrumpido en el Salón Rojo desde una puerta lateral, cuando Salvador Allende caía muerto acribillado por el fuego de la patrulla de la Escuela de Infantería. El capitán y parte de sus soldados corrieron por la escalera principal hacia el primer piso, perseguidos por los civiles que defendían el Palacio de la Moneda.

Sólo 40 ó 50 minutos más tarde, las fuerzas de la Escuela de Infantería, del Regimiento Tacna y del Regimiento de Blindados Número 2, lograron eliminar la resistencia de las 32 personas sobrevivientes del grupo que había defendido la sede presidencial durante cinco horas. Todo el segundo piso del edificio fue ocupado por las tropas invasoras. El primer piso ya estaba en sus manos desde una hora y media antes.

El jefe de las tropas invasoras, general de brigada Javier Palacios Ruhman, flanqueado por el capitán Roberto Garrido y su patrulla de penetración, entró al Salón Rojo, se inclinó sobre el cadáver de Salvador Allende Gossens, retiró una ensangrentada bandera chilena que los civiles defensores habían puesto sobre el cuerpo aún tibio del Presidente de Chile tras rechazar la patrulla del capitán Garrido y, volviéndose hacia éste, le dijo:

—Hay que aislar este salón, que nadie más entre, que nadie vea el cadáver del Presidente... Comuníqueme con el Cuartel General de la Comandancia. Con el general Pinochet.

«Atención Puesto Uno... Atención Puesto Uno... Aquí unidad de combate "alfa uno"... General Palacios solicita hablar con general Pinochet.» El jefe de las fuerzas de ataque, destrucción y arrasamiento del Palacio de la Moneda, Javier Palacios, tomó el auricular del equipo de telecomunicaciones de la patrulla de penetración y con voz seca, precisa, dijo:

—General Palacios a general Pinochet... Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente muerto...

—¿Cómo está el cadáver? —preguntó el comandante en jefe.

—Destrozado.

—Que nadie lo vea... espere instrucciones.

Faltaban pocos minutos para las tres de la tarde del 11 de septiembre de 1973. A las seis de la mañana de ese mismo día, los altos mandos de todas las fuerzas armadas chilenas, que mo-

vilizaban a unos cien mil hombres, habían iniciado una *blitzkrieg* (guerra relámpago) contra el pueblo chileno, invadiendo a sangre y fuego todos los centros de poder económico, político, social y administrativo del país. En términos concretos, el poder militar chileno había declarado la guerra a los trabajadores chilenos, y lanzó sobre ellos toda la fuerza destructiva de su armada, fuerza aérea, ejército y policía militarizada.

Para Santiago, la capital de Chile, con casi un tercio de la población nacional concentrada en ella, la *blitzkrieg* de los generales sublevados tenía dos objetivos de combate principales: «alfa uno» y «beta uno».

«Alfa uno» era el cerco, ataque y toma del Palacio de la Moneda, con el propósito de hacer prisionero a Salvador Allende y preparar después su «suicidio» en condiciones remedadas de la autoeliminación de un antiguo presidente chileno, José Manuel Balmaceda, en 1891. El cálculo de las tropas invasoras de la población civil chilena para la operación «alfa uno» era de 120 minutos después del inicio del ataque (las nueve de la mañana). El análisis del Servicio de Inteligencia no contó, en ningún momento, con la decisión del puñado de civiles que habría en el interior del palacio de defenderse hasta el último hombre. Ellos esperaban que Salvador Allende, ante el despliegue de tropas de infantería, carros blindados, tanques y amenaza de bombardeo aéreo, se rindiera. Esto, según los cálculos de la Inteligencia Militar —que había trabajado en la preparación de la *blitzkrieg* desde octubre de 1972—, daba tiempo a los generales insurrectos para armar el «suicidio» de Allende —inducido o por la fuerza— y anunciarlo al país alrededor de la una de la tarde de ese día 11 de septiembre de 1973.

Pero no ocurrió así. Allende y sus acompañantes, todos civiles, resistieron hasta el último cartucho. Todo el aterrador aparato de guerra preparado para rendirlo tuvo que ser puesto en funcionamiento, y se tardó cinco horas de combate efectivo en reducir a un grupo de poco más de cuarenta personas.

Cuando a las 14.50 horas del día 11 de septiembre, el comando de los generales sublevados anunció al país que «el Palacio de la Moneda ha sido reducido por las fuerzas militares», habían transcurrido cinco horas de resistencia de 42 civiles provistos de fusiles ametralladores y un bazooka, contra el asedio de ocho tanques Sherman, dos cañones sin retroceso, de 75 mm, montados en jeeps, doscientos hombres de infantería de dos regimientos de Santiago, y el bombardeo de dos aviones de caza

a reacción Hawker Hunter que dejaron caer, haciendo blanco, entre las 11.56 y las 12.15 de ese día, dieciocho de sus cohetes, además de ametrallar el techo y el segundo piso de La Moneda.

Y en el transcurso de esa resistencia inesperada para los cálculos de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas chilenas (con el asesoramiento de los expertos militares norteamericanos y brasileños que participaron en la preparación de la *blitzkrieg*), se vino abajo toda la trama montada para tener un «suicidio limpio» de Salvador Allende. El cadáver acribillado, cubierto por una ensangrentada bandera chilena, en el Salón Rojo del Palacio de La Moneda, estuvo a punto de hacer fracasar, con graves consecuencias para los generales insurrectos, «alfa uno». Los generales conspiradores se demoraron cuatro horas (desde las tres hasta las siete de la tarde de ese día), en montar un improvisado escenario dentro de los escombros de La Moneda para «demostrar» el «suicidio» de Allende, buscándose un «testigo presencial» que sirvió para el papel bajo la amenaza de ser acusado, por los propios altos mandos sublevados, como «asesino del Presidente de la República». El apresurado montaje del escenario del «suicidio» fue tan improvisado, urgido por el tiempo que corría, que resultó una historia burda, llena de contradicciones y de mentiras evidentes. Y su debilidad era aún más evidente para los propios altos mandos militares, los cuales no se ponían de acuerdo con la celeridad necesaria y demoraron su decisión de dar la noticia a todo Chile más de veinte horas. Tenían miedo de dar a conocer los detalles fabricados a los chilenos, porque estos tenían la capacidad de juicio suficiente para darse cuenta de las contradicciones y las falsedades. Por eso, dejaron salir primero la noticia al exterior, a través de los corresponsales extranjeros, y sólo veinticuatro horas más tarde, cumplida en lo principal la tarea «beta uno», la dieron a conocer a los chilenos.

En síntesis: Originalmente, al lanzar la *blitzkrieg* de muerte y destrucción contra las organizaciones populares chilenas, los generales sublevados esperaban utilizar el «suicidio» programado de Allende como efecto de desmoralización para los focos de resistencia a su invasión del país. Pero, al fracasar el itinerario primitivo de su operación «alfa uno», se vieron impedidos de hacer uso de este arma de guerra psicológica, que se volvía contra ellos, y demoraron la noticia hasta que lo principal de la resistencia civil a la invasión militar de los generales sublevados concluyó. El asesinato del Presidente de Chile por las

fuerzas militares, realizado «fuera de programa» por un capitán de infantería, hizo pedazos la trama preparada para un «suicidio impecable», y, al final, sirvió para dejar al descubierto, a pesar de los esfuerzos en sentido contrario realizados por el equipo de propaganda de los militares, toda la dimensión de frialdad, planificación previa y decisión consciente de los altos mandos militares para destruir por medio del asesinato masivo, de la prisión de millares de hombres y mujeres, e incluso niños, y del aterrizamiento de centenares de miles de chilenos, toda la organización popular existente hasta ese día de septiembre, y preparar así las condiciones para gobernar por el terror y la muerte a todo un país; para mantener ocupada por fuerzas militares de mando extranjero una nación derrotada por una *blitzkrieg*.

Cuando el autor de este reportaje, en la noche del 11 de septiembre, escuchaba el recuento de los bandos militares por la cadena oficial de radioemisoras controlada por los sublevados. pensaba en lo que había leído en los libros de historia cuando, en la tarde del día primero de septiembre de 1939, Adolfo Hitler se dirigió por la radio al pueblo alemán para comunicarle que «en la madrugada de este día, el ejército alemán ha respondido una agresión de los polacos, entrando en su territorio para defenderse de dicha agresión. Alemania no está atacando a nadie. Sólo se está defendiendo de quienes la agreden.» ¡Y esas palabras ocultaban la bestial realidad de una invasión relámpago, de una *blitzkrieg* contra un pueblo indefenso que tenía, como «táctica fundamental», la de arrasar, quemar, destruir y matar todo. La de «destruir la población civil» como medida de «apaciguamiento!»

La invasión de Polonia en septiembre de 1939 por parte de la Wehrmacht nazi, se parecía, como una gota de agua a otra, a la invasión de Santiago, de la que yo estaba siendo testigo, por parte de las fuerzas militares chilenas en septiembre de 1973.

La reconstrucción de los sucesos de ese día 11 de septiembre y de los días posteriores, permite dibujar el perfil real de la guerra relámpago contra el pueblo chileno que desataron los generales sublevados. La contabilidad del asesinato de un pueblo es tan escalofriante como la contabilidad del asesinato de un Presidente: 3.000 dirigentes medios de los obreros, campesinos, empleados y partidos políticos de izquierda asesinados en las primeras veinte horas del 11 de septiembre; alrededor de 5.500 personas más, muertas en combate contra las fuerzas militares

sublevadas entre los días 11 y 15 de septiembre; 6.300 personas fusiladas o asesinadas por otros métodos, después de estar presas, desde el 12 al 30 de septiembre. El total aproximado de muertos civiles en los primeros 18 días tras el asesinato de Allende fue de 15.000.

De ellos, poco menos de 6.000 víctimas fueron en Santiago, la capital. Cantidad que se detalla así: 800 hombres asesinados el mismo día 11; 2.900 muertos en combate y 2.200 fusilados o asesinados, después de caer prisioneros, con o sin «juicio sumario en tiempo de guerra».

Esta contabilidad trágica es la contabilidad del segundo gran objetivo militar que, principalmente para Santiago, tenían los generales sublevados: el objetivo «beta uno». Se trataba de ocupar militarmente dos de las principales concentraciones industriales de la ciudad: los sectores de Cerrillos (al suroeste) y de Vicuña Mackenna (al centroeste). Junto con la ocupación militar de estos sectores, el plan «beta uno» contemplaba la acción de comandos mixtos militares-organizaciones civiles fascistas en lo que llamaron «operación pinzas». Esta consistía en el apresamiento, entre las seis y las ocho de la mañana del día 11, de más o menos seis mil personas en todo el país para someterlas a un interrogatorio breve y preciso y enseguida asesinarlas.

Esto es lo que los militares llamaban la «limpieza de los motores del marxismo»: acabar con los dirigentes medios de poblaciones, sindicatos, asentamientos campesinos, partidos políticos y agrupaciones culturales de izquierda. La lista había sido minuciosamente preparada a partir de noviembre de 1972, en acción conjunta del servicio de inteligencia del ejército, la marina y la aviación, en estrecha relación con los departamentos de inteligencia del Comando Sur de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, con sede en la zona del Canal de Panamá, vecino a Fort Amador, donde se presume hay instalaciones de cohetes con ojiva nuclear dirigidos hacia Cuba. También, en el equipo de redacción de esa lista de chilenos a ser asesinados en la mañana del día D, habían participado miembros de la Embajada de Brasil en Chile.

Los generales sublevados pensaban que «beta uno» podría ser completada al atardecer del día 11, después de haber dado a conocer «el suicidio» de Salvador Allende, tal como se preparaba según el plan de «alfa uno». Pero el «suicidio» falló y la resistencia del pueblo en los cordones industriales de Vicuña Mackenna y Los Cerrillos, en Santiago, continuó toda la noche

del 11 al 12 de septiembre, y sólo declinó al mediodía del 12, cuando las precarias municiones de los trabajadores se acabaron y se completaron las acciones de asesinato masivo a pobladores de sectores habitacionales obreros, como La Legua y La Hermida.

Sólo después del mediodía del 12, cuando era evidente que los focos de resistencia contra la invasión militar a Santiago se desmoronaban por falta de parque y de armas, el grupo de generales sublevados se atrevió a dar publicidad a su burda fabricación del «suicidio» del presidente constitucional de Chile.

En ese momento había culminado, en lo principal, el plan del magnicidio, más increíble de la historia contemporánea. Para llevarlo a cabo, los conspiradores planificaron poner en pie de guerra y hacer entrar en acción a 100.000 hombres de los ejércitos de tierra, mar y aire. Y para tratar de encubrirlo, decidieron sumir a todo un país en un baño de sangre y muerte tan enorme que, esperaban, el horror y la desesperación de centenares de miles de civiles perseguidos, acorralados y desorientados por la catástrofe bélica que se les venía encima, dejaran de pensar, dejaran de razonar y aceptaran cualquier explicación sobre cualquier cosa con tal de seguir viviendo. Con esto esperaban cambiar todo el sistema de relaciones económicas existentes en Chile hasta ese momento, a fin de proteger de la mejor forma posible los intereses de una docena de grandes consorcios industriales y financieros de los Estados Unidos, y de una veintena de grandes monopolios industriales, comerciales y financieros de la oligarquía chilena. Para hacer funcionar esa estructura montada sobre decenas de miles de cadáveres de civiles, los generales pretendieron liquidar toda capacidad de lucha y de exigencias de los trabajadores chilenos sometidos a un régimen de dictadura brutal, en el cual fábricas, oficinas, haciendas, calles y viviendas particulares debieran tomar la forma y las características de un cuartel militar.

En suma, los autores intelectuales del asesinato del presidente Salvador Allende y de la masacre de todo un pueblo, pusieron en acción la mayor maquinaria de guerra en tiempos de paz de la que se tenga memoria en nuestro continente para, fundamentalmente, impedir que el pueblo chileno tomara en sus manos el destino de Chile independiente del imperialismo norteamericano y de la oligarquía nacional. Asesinaron a Allende para asesinar a un pueblo. Asesinaron a Allende porque su gestión administrativa fue incapaz, a los ojos del imperialismo

norteamericano y de la oligarquía nacional, de detener el ímpetu revolucionario de ese pueblo, porque fue incapaz de desviar la lucha popular chilena para que no se transformara en revolución. Y cuando los trabajadores chilenos, tanto de la ciudad como del campo, sobrepasaron la autoridad de los partidos políticos tradicionales, e incluso, en muchos aspectos, la del propio presidente Allende, buscando un camino propio, definitivo y claro para hacerse con el poder económico, político y social y expulsar de una vez de Chile el colonialismo norteamericano y la brutal explotación de la oligarquía, los altos mandos de las fuerzas armadas del país desataron una guerra relámpago contra su propio pueblo, lo sometieron a sangre y fuego, asesinaron a un presidente que ya no les daba garantías para los intereses económicos extranjeros y oligárquicos, y dieron nacimiento a una dictadura fascista.

Este reportaje revela cómo fue esa conspiración. Cómo los generales chilenos, adiestrados en academias de los Estados Unidos, y con la complicidad del gobierno militar de los Estados Unidos y del gobierno militar de Brasil, se confabularon para planificar la puesta en marcha de una gran maquinaria de guerra contra el pueblo chileno.

¿Con qué fuerzas contaban los conspiradores para llevar a cabo el asesinato del presidente Allende, primero, y el asesinato de un pueblo, después? Con unas fuerzas, que, desde el Pacto de Ayuda Mutua firmado con Estados Unidos en 1952 por el presidente radical Gabriel González Videla, han sido adiestradas, preparadas, financiadas e influidas por las fuerzas armadas norteamericanas:

EJERCITO: poco más de 30.000 hombres, divididos en seis divisiones, de las cuales una es de caballería. Tiene seis regimientos de caballería, dos regimientos blindados y dos de artillería montada de montaña; 16 regimientos de infantería, de los cuales diez son motorizados, y cinco regimientos de artillería. De este total de regimientos, hay ocho estacionados en la capital. La instrucción en ellos es asesorada permanentemente por las misiones militares norteamericanas, cuya tarea va desde la enseñanza en la Academia de Guerra (para oficiales de Estado Mayor), hasta la Escuela de Suboficiales (que tiene su sede en Santiago). En estas unidades se enseña reiterativamente a conscriptos, clases y mandos que «el marxismo es el enemigo de la humanidad», que «los obreros que hacen huelgas son marxistas», que «los intelectuales llamados de iz-

quiera en realidad son marxistas y son traidores a la Patria», etc. Todos los planes educativos, charlas y cursos de «cultura general» en los regimientos del ejército (y unidades de la Fuerza Aérea, Marina y Carabineros), están redactados con la asesoría de expertos norteamericanos.¹

FUERZA AEREA: poco menos de 9.000 hombres. Incluye unidades de bombardeo, ataque aéreo, defensa antiaérea, helicópteros de combate y fuerzas de apoyo terrestre. Su dependencia de la fuerza aérea norteamericana es de tal grado que su comandante en jefe anterior al actual (Gustavo Leigh Guzmán, miembro de la Junta Militar), que se llamaba César Ruiz Danyau, era conocido entre sus subalternos como «El Yanqui», porque manejaba sus fuerzas en constante contacto con la misión aérea de Estados Unidos en Chile.

MARINA: Poco más de 15.000 hombres. La Marina posee, además de las unidades propias de una escuadra de guerra, otras de infantería de marina, aviación naval e ingeniería naval. Su oficialidad es heredera de la tradición de la Armada Real de Gran Bretaña, y sus mandos se consideran «la aristocracia militar de Chile». Para la preparación del golpe militar contra Allende, fueron los que propusieron el plan de la «operación pinzas», que consistía en el asesinato masivo de dirigentes populares. Ellos también planificaron el asesinato del edecán naval del presidente Allende, meses antes del golpe, para provocar el repudio de sectores militares al Jefe del Estado chileno y prevenir la entrada de ese edecán naval (amigo de Allende), al Estado Mayor de la Marina.

CARABINEROS: tiene un contingente un poco superior a 30.000 hombres. Su organización es militarizada, con armas automáticas y una compañía de tanques antimotines que poseen una ametralladora 0.30 cada uno. Su adiestramiento también está asesorado por norteamericanos. Constituyó un escándalo de proporciones cuando, en 1969, en la revista «CAUSA ML» se publicó el texto completo de la cartilla de adiestramiento antimotines utilizada por el Grupo Móvil de Carabineros. La cartilla era «secreta» para los civiles, y había sido hecha en el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos (Pentágono).

Toda esta fuerza militar suma alrededor de 85.000 hombres, a los cuales, el día del desencadenamiento del golpe militar se agregaron más de 10.000 civiles (ex militares, reservistas, etc.) que formaban parte de grupos armados fascistas como Patria

y Libertad, Comandos de Ex Cadetes y Comandos Rolando Matus, que habían sido adiestrados, financiados y provistos de armas por la Infantería de Marina y la Fuerza Aérea. Estos civiles fascistas hicieron el trabajo de fuerza de apoyo durante el golpe militar, bajo la denominación de «unidades independientes», las cuales recibían órdenes directas del Comando Central de la sublevación, cuyo jefe era el general Augusto Pinochet Ugarte.

Esta fuerza militar de cien mil hombres es la que sometió a mi país a una guerra relámpago el 11 de septiembre y, desde entonces, mantiene a su población civil bajo condiciones de ocupación militar de un ejército extranjero en tiempos de guerra.

Se podría pensar que no todas las unidades de las fuerzas armadas fueron cómplices en el golpe y masacre del pueblo chileno, pero los hechos mostraron que las disensiones internas fueron mínimas. Por ejemplo, en Santiago, sólo una parte pequeñísima de la oficialidad de la Escuela de Suboficiales, del regimiento Ferrocarrileros de Puente Alto y de la Escuela de Carabineros se opuso al golpe, y esos oficiales fueron asesinados por sus propios compañeros. En general, ninguna unidad de las fuerzas armadas chilenas, considerada como tal, se opuso o se marginó del golpe. Eso demuestra que el trabajo previo de los conspiradores fue minucioso y preparó las condiciones de «opinión» para el momento de decidir el día en que se debía asesinar a Allende y masacrar al pueblo chileno.

«Alfa uno» se tambalea

Como veremos en detalle más adelante, la conspiración de los generales de las tres ramas de las Fuerzas Armadas chilenas y del cuerpo de policía militarizada (Carabineros), comenzó a estructurarse en el período octubre-noviembre de 1972, cuando los servicios de inteligencia del Pentágono norteamericano estimaron que «la capacidad de control de la Administración Allende sobre la potencialidad revolucionaria de los obreros y campesinos chilenos estaba en bancarrota».²

Desde esa fecha, el Latinamerican Desk del Pentágono, en combinación con más o menos un tercio de los generales del ejército, la mayoría de los generales de la fuerza aérea, la casi totalidad de los altos mandos de la marina y la mayoría de los generales de carabineros, comenzó a estructurar un dispositivo

y Libertad, Comandos de Ex Cadetes y Comandos Rolando Matus, que habían sido adiestrados, financiados y provistos de armas por la Infantería de Marina y la Fuerza Aérea. Estos civiles fascistas hicieron el trabajo de fuerza de apoyo durante el golpe militar, bajo la denominación de «unidades independientes», las cuales recibían órdenes directas del Comando Central de la sublevación, cuyo jefe era el general Augusto Pinochet Ugarte.

Esta fuerza militar de cien mil hombres es la que sometió a mi país a una guerra relámpago el 11 de septiembre y, desde entonces, mantiene a su población civil bajo condiciones de ocupación militar de un ejército extranjero en tiempos de guerra.

Se podría pensar que no todas las unidades de las fuerzas armadas fueron cómplices en el golpe y masacre del pueblo chileno, pero los hechos mostraron que las disensiones internas fueron mínimas. Por ejemplo, en Santiago, sólo una parte pequeñísima de la oficialidad de la Escuela de Suboficiales, del regimiento Ferrocarrileros de Puente Alto y de la Escuela de Carabineros se opuso al golpe, y esos oficiales fueron asesinados por sus propios compañeros. En general, ninguna unidad de las fuerzas armadas chilenas, considerada como tal, se opuso o se marginó del golpe. Eso demuestra que el trabajo previo de los conspiradores fue minucioso y preparó las condiciones de «opinión» para el momento de decidir el día en que se debía asesinar a Allende y masacrar al pueblo chileno.

«Alfa uno» se tambalea

Como veremos en detalle más adelante, la conspiración de los generales de las tres ramas de las Fuerzas Armadas chilenas y del cuerpo de policía militarizada (Carabineros), comenzó a estructurarse en el período octubre-noviembre de 1972, cuando los servicios de inteligencia del Pentágono norteamericano estimaron que «la capacidad de control de la Administración Allende sobre la potencialidad revolucionaria de los obreros y campesinos chilenos estaba en bancarrota».²

Desde esa fecha, el Latinamerican Desk del Pentágono, en combinación con más o menos un tercio de los generales del ejército, la mayoría de los generales de la fuerza aérea, la casi totalidad de los altos mandos de la marina y la mayoría de los generales de carabineros, comenzó a estructurar un dispositivo

golpista contra el régimen constitucional de Chile. Este dispositivo tenía dos etapas: una de «ablandamiento» de la opinión pública nacional a través de la acción de los partidos demócratacristiano y nacional, de los grupos de choque fascistas como Patria y Libertad, Comandos de Ex Cadetes y Comandos Rolando Matus, y de las organizaciones empresariales como la Sociedad de Fomento Fabril (oligarquía industrial), Sociedad Nacional de Agricultura (oligarquía agrícola) y Confederación Nacional de la Producción y el Comercio (oligarquía industrial, comercial y financiera). La segunda etapa era la de «caer sobre la presa», cuando se estimara que esa presa ya estaba acorralada, sin aliento y con precario apoyo de las masas.

En este esquema golpista, que tenía considerado un momento de «esperar y ver» según fueran los resultados de las elecciones generales para llenar los 150 cargos de diputados en la Cámara baja del Parlamento y 25 senadores (de un total de 50) en la Cámara alta, el día 4 de marzo de 1973, no estaba definido con claridad, todavía, el destino final de Salvador Allende una vez derrocado. Había, hasta julio de 1973, la idea mayoritaria en el seno de los altos mandos militares chilenos, de que Salvador Allende debía ser exiliado. Incluso, como veremos en este reportaje, había un sector minoritario de generales, sobre todo en el ejército (concretamente los generales de las divisiones primera y tercera, más el jefe conjunto de la segunda división y la guarnición de Santiago, entre los conspiradores; y el general Carlos Prats González, comandante en jefe del ejército, y el general Héctor Bravo Muñoz, comandante de la división de caballería del sur entre los no conspiradores), creían que podían convencer al propio Salvador Allende de encabezar un gobierno cívico-militar, de «unidad nacional», sin la participación oficial de los partidos políticos de izquierda en él. Esto lo llamaban ellos «un golpe blando».

Sin embargo, las cosas se precipitaron a partir de las elecciones de marzo de 1973, cuando la combinación de Gobierno sacó más del 40 % de los votos y la presión de las organizaciones de obreros, campesinos y empleados comenzó a crear de hecho, aunque en forma muy embrionaria, estructuras de poder desde la base. Ello suponía el intento de llegar a desbancar del poder económico, político y social al imperialismo norteamericano y a la oligarquía nacional. La actitud de los generales más reaccionarios, junto a la opinión del Latinamerican Desk del Pentágono, se endureció y presionó a los generales

que se aferraban a la idea de un «gobierno cívico-militar de unidad nacional» encabezado por Allende. Por otro lado, el propio Allende, empujado por la creciente marea revolucionaria de sus partidarios en la base, dejó en claro a los generales Prats y Pinochet que él no se prestaría para encabezar una dictadura militar encubierta.³

A medida que esto ocurría y la estructura militar golpista ya estaba completa en sus detalles estratégicos y tácticos, quedaba por definir con exactitud el destino personal de Salvador Allende; es decir, el objetivo militar final de la operación «alfa uno».

Fue el alto mando de la Marina chilena quien, en julio de 1973, rompió el equilibrio de opiniones, dando un golpe de fuerza audaz y macabro, en combinación con la organización Comando de Ex Cadetes, que era adiestrada por la Agencia Central de Inteligencia norteamericana a través de un relaciones públicas de la empresa multinacional Ford Motor, el periodista chileno Federico Willoughby MacDonal (actual Secretario de Prensa de la Junta Militar).

En ese mes, los almirantes golpistas recurrieron al asesinato político para avanzar en su trama y prevenir ser descubiertos antes de tiempo. Por medio de un equipo comando de asesinos profesionales, dirigidos por un miembro del Servicio de Inteligencia de la Marina, organizaron y llevaron a cabo el asesinato del edecán naval del Presidente Allende, comandante Arturo Araya Peters, en la noche del 26 de julio de 1973, en su propia casa. El asesinato del marino fue hecho en combinación con el grupo de conspiradores de los Carabineros, que dominaban el Servicio de Inteligencia de ese cuerpo de policía militarizada.

Los altos mandos de la Marina que participaban en la conspiración contra el Gobierno de Allende, estimaron que con el asesinato del comandante Araya Peters, cumplían dos objetivos de alta significación:

1) Impedían que Araya Peters, hombre muy cercano al presidente Allende y partidario de la tesis «constitucionalista» de los sectores del Ejército y de Carabineros, fuera ascendido a contralmirante en noviembre-diciembre de 1973 y pasara a formar parte del Estado Mayor de la Armada Nacional. Esto debía ocurrir porque Araya Peters terminaba su período de dos años reglamentario como edecán naval del Presidente en septiembre de 1973, incorporándose de inmediato al servicio activo y,

también por reglamento, debía ser ascendido a la penúltima graduación más alta de su arma. Esto dejaba al presidente Allende con un hombre importante en el seno del Estado Mayor naval. Es decir, en el seno de la conspiración para derribar al gobierno constitucional, pudiendo descubrirla antes de tiempo. (Hay que tener claro que en julio de 1973 los generales conspiradores no habían fijado todavía fecha al golpe, y la idea común era que a fines de año o principios de 1974, cuando la situación económica fuera insostenible, acelerada por un nuevo paro empresarial nacional que se preparaba para comenzar desde agosto en adelante, sería posible dar con mayor facilidad el manotazo para derribar al Gobierno.)

2) Con la complicidad del Servicio de Inteligencia de Carabineros, los almirantes golpistas esperaban montar una trama para culpar al partido socialista de la muerte del edecán naval, y provocar así una reacción favorable a la conspiración en el resto de los altos mandos de las fuerzas armadas y carabineros. Como se sabe, el partido socialista era el principal partido del Gobierno, a él pertenecía el propio Salvador Allende y de él dependía su guardia personal conocida como GAP (Grupo de Amigos Personales).

El trabajo del comando asesino alquilado por el Servicio de Inteligencia de la Marina fue realmente «limpio» y la maquinaria funcionó bien cuando, horas después, el servicio de inteligencia de Carabineros «detuvo» al probable «asesino». Era un empleado de última categoría de una dependencia de la Corporación de Fomento de la Producción, borracho habitual, el cual, ¡vaya sorpresa!, después de ser flagelado en el primer sótano del Ministerio de Defensa, bajo la supervigilancia de Aldo Montagna, afirmó ser «socialista», haber participado en el comando asesino de Araya Peters por «contrato con un GAP» y estar «arrepentido», razón por la cual «se había entregado, ebrio, a la guardia nocturna de la Intendencia de Santiago, sede de la Primera Prefectura de Carabineros, la que dependía directamente, ¡adivinen de quién!, ¡del general César Mendoza Durán, actual miembro de la Junta Militar!

Sin embargo, al comenzar la segunda semana de agosto, la trama montada por el Servicio de Inteligencia de la Marina comenzó a desmoronarse. Y esto fue así porque un grupo de detectives de la Brigada de Homicidios de la policía civil chilena —cuya director, Alfredo Joignat, era miembro del partido socialista—, comenzó a coger los hilos que llevaban a la identi-

dad de los integrantes del comando asesino. Pero todavía recibió Allende un primer informe policial sobre el caso, en el cual se establecían más allá de toda duda dos cosas:

1) El detenido por la Primera Prefectura de Carabineros como «presunto homicida» del comandante Araya Peters había sido obligado por el jefe del Servicio de Inteligencia de Carabineros a firmar, después de ser golpeado, una declaración que ni siquiera había leído. El texto de esa confesión del detenido «socialista», «amigo de los miembros del GAP» y «arrepentido» había sido conocido por un parlamentario de extrema derecha (Gustavo Alessandri)... ¡dos horas antes de ser detenido el «presunto homicida» y leída en parte por ese mismo parlamentario en la radioemisora Sociedad Nacional de Agricultura (propiedad de los latifundistas)!

2) La identificación de los verdaderos participantes en el comando asesino —siete personas— había revelado que al menos dos de ellos tenían conexiones con un alto oficial de la Armada Nacional. También la investigación realizada paralelamente sobre el capitán de carabineros del Servicio de Inteligencia que había hecho firmar la declaración al «presunto homicida», indicaba que se había reunido, dos semanas antes del 26 de julio, con otro alto oficial de la Armada Nacional.

Con estos antecedentes en sus manos, parte de los cuales Salvador Allende ordenó hacer públicos aunque sin mencionar la existencia del «alto oficial de la Armada Nacional», el Presidente se reunió en la mañana del 8 de agosto de 1973 con el comandante en jefe del ejército, general Carlos Prats González; comandante en jefe de la fuerza aérea, general César Ruiz Danyau; comandante en jefe de la armada nacional, almirante Raúl Montero, y con el director general de carabineros, general José Sepúlveda Galindo.⁴

La situación política era gravísima: el 27 de julio había comenzado un nuevo paro nacional de los dueños de camiones, dirigidos por León Vilarín, hombre directamente conectado a la conspiración a través de Eduardo Frei y Onofre Jarpa (líderes de la Democracia Cristiana y el Partido Nacional, respectivamente). El 7 de agosto habían sido dadas por terminadas las conversaciones entre la directiva nacional del partido demócratacristiano (dominada por el grupo de Eduardo Frei, el cual complotaba con los militares a través del general Oscar Bonilla, actual ministro del Interior de la Junta, y director de personal en aquella época). Estas conversaciones PDC-Allende habían si-

do pedidas por el cardenal arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, bajo la línea general de «llegar a un acuerdo político de no agresión, a fin de detener la guerra civil que sería desencadenada después de un intento militar de golpe de estado». Naturalmente, Frei estaba interesado en que esas conversaciones fracasaran.

El mismo día 30 de julio, fecha de iniciación de las conversaciones, el general Oscar Bonilla se había reunido con Eduardo Frei y el senador Juan de Dios Carmona (ministro de Defensa en la administración de Frei), exigiéndoles que hicieran fracasar los intentos de conciliación política y que su dedicación fundamental debía ser «sacar un acuerdo del Parlamento que declare ilegal el Gobierno Allende». (Sobre este manejo que los generales golpistas hicieron de los partidos políticos de centro y derecha para sus fines, hablaremos con detalle más adelante, en el capítulo quinto).

Esa mañana del 8 de agosto era la de un día con nubarrones de tormenta para la estabilidad política de Chile: se había desencadenado un paro empresarial destinado a hacer naufragar la economía chilena; en respuesta, las organizaciones de trabajadores exigían a Allende que les permitiera «resolver con nuestras propias manos el paro empresarial»; mientras tanto la conjura industrial-militar-norteamericana empezaba la cuenta regresiva de una embestida final, calculada en medio año a partir de agosto-septiembre, que dejaría la situación «madura» para que los militares se hicieran cargo del poder total.

Sin embargo Salvador Allende no veía la situación global del mismo modo. Sus informaciones sobre la conjura militar, muy fragmentarias, y principalmente manipuladas por la contrainteligencia del Ejército y de Carabineros, le habían hecho formarse un cuadro errado de la magnitud de la conspiración. Él creía que había un pequeño «foco» en la Armada, dirigido por el comandante en jefe de la Primera Zona Naval (Valparaíso, principal puerto chileno a una hora y media de Santiago por carretera), vicealmirante José Toribio Merino —el cual, más tarde, llegaría a ser miembro de la Junta Militar—, y otro «pequeño foco» aislado, en la Fuerza Aérea, que tenía «las simpatías» del general César Ruiz Danyau. Razonando sobre estos datos, Allende, aquella mañana del 8 de agosto, pensó que podría tratar de resolver la crisis política global en que se encontraba, dando un golpe de efecto contra los conspiradores tanto civiles como militares, incorporando a TODAS las ramas

de las Fuerzas Armadas y Carabineros a su gabinete de ministros, y, por otro lado, desalentar los esfuerzos de las organizaciones de trabajadores por lanzar una embestida contra las fuerzas empresariales oligárquicas, mostrando una actitud de fuerza respaldada por los cuatro comandantes en jefe.

Para conseguir la participación militar en el Gabinete, esa mañana del 8 de agosto, Allende leyó a los cuatro jefes militares el informe de la policía civil sobre el asesinato del edecán naval, comandante Arturo Araya Peters, y les explicó que «si el pueblo se entera de esta verdad, Chile tendrá medio millón de muertos», porque los obreros y campesinos «se lanzarán contra los cuarteles de la Marina y de Carabineros para aplastar a los conjurados y asesinos de Araya Peters». Definió el informe como una bomba de tiempo. Y explicó que lo mejor era resolver el problema de la «conjura» de la Marina y de Carabineros «de modo confidencial e institucional». Agregó que el informe de la policía civil tenía una segunda parte, que él prefería no mostrar por ahora, en la cual se probaba la «conexión de los asesinos del comandante Araya Peters con fuerzas armadas extranjeras».

Por eso, explicó, lo mejor era, en ese momento, que «las instituciones armadas de Chile muestren cohesión y apego a la constitucionalidad y las leyes» integrando un Gabinete de «unidad nacional», para «apaciguar los ánimos», resolver el paro empresarial en sus inicios y no cuando ya fuera grave, «como el de octubre de 1972», y dar tiempo al poder ejecutivo para promulgar diversas leyes que pedían la Democracia Cristiana y el Partido Nacional por encargo de la Sociedad de Fomento Fabril y Sociedad Nacional de Agricultura.

Los comandantes en jefe aceptaron. El jefe de la Marina fue nombrado ministro de Hacienda; el de la Fuerza Aérea, de Obras Públicas; el del Ejército, de Defensa, y el de Carabineros, de Vivienda. En la mañana del 9 de agosto, Salvador Allende anunció dramáticamente al país la composición de su nuevo Gabinete, definiéndolo como de «seguridad nacional» y calificándolo de «la última oportunidad para evitar el enfrentamiento entre chilenos».

Pero, el fondo de la cuestión era que Allende había puesto la primera frase de su propia condena a muerte por parte de los conjurados. El general de aviación Ruiz Danyau comunicó a José Toribio Merino, almirante, los términos en que Allende leyó el informe sobre el asesinato del ex edecán naval Araya Peters, y

la idea que quedó entre los altos mandos conspiradores era que Allende estaba «peligrosamente cerca de la verdad», y que, si tenía tiempo para profundizar en la investigación, podría llegar a tener un cuadro completo de la conexión Pentágono-Marina-Fuerza Aérea-Ejército-Carabineros, del cual haría uso político en el exilio. Fue el propio Merino quien primero opinó en los días siguientes que «a este individuo hay que matarlo o suicidarlo, no nos queda otra».

No obstante, la decisión final de eliminar físicamente al presidente Allende no surgió hasta la noche del martes 21 de agosto, en una reunión en la que no participó el comandante en jefe subrogante del Ejército, general Augusto Pinochet Ugarte. (De hecho, Pinochet no supo nunca que Allende iba a ser asesinado. Se enteró de este plan en la tarde del 11 de septiembre, cuando la muerte del Presidente estaba consumada y se montaba afiebradamente el espectáculo del «suicidio».)

Sólo el entonces jefe de la Primera Zona Naval, vicealmirante José Toribio Merino; el general César Mendoza Durán, de Carabineros, y el general Gustavo Leigh Guzmán, nombrado el 20 de agosto comandante en jefe de la Fuerza Aérea, prepararon el plan para eliminar físicamente a Allende.

Y esa decisión final surgió como secuela de una torpeza mayúscula cometida por el general César Ruiz Danyau el viernes 17 de agosto. Impulsado por ambiciones personales, y creyendo que «la situación estaba madura», Ruiz Danyau preparó a la guarnición aérea de Santiago, compuesta de dos bases, una de apoyo terrestre y otra de caza y bombardeo, para un «pronunciamiento militar» el lunes 20 de agosto, que él creía que arrastraría al resto de las Fuerzas Armadas a su lado. Para desencadenar el golpe, Ruiz Danyau renunció a su cargo de ministro de Obras Públicas el viernes 17 de agosto. Esto significaba que Allende tendría que pedirle la renuncia como comandante en jefe de la Fuerza Aérea y, planeaba Ruiz Danyau, esta institución militar debía resistirse, sublevarse y provocar la caída de Allende, así como su nombramiento como jefe de una Junta Militar de Gobierno.

Allende, conociendo en parte el juego de Ruiz Danyau, demoró su aceptación de la renuncia hasta el día siguiente, sábado 18 de agosto. Mandó llamar a reunión en el Palacio de la Moneda al jefe de la Marina, almirante Raul Montero; al jefe del Ejército, Carlos Prats, y al segundo general más antiguo de la Fuerza

Aérea, Gustavo Leigh Guzmán (éste era uno de los jefes de la conspiración, pero Allende no lo sabía). En la reunión, Allende les hizo escuchar una grabación en cinta magnetofónica de una conversación en que participaban un coronel retirado de aviación y dos o tres personajes más. En la grabación se oía decir al coronel retirado que «el grupo» ya había comenzado a «operar diversas unidades» para convencer a los altos mandos de las tres ramas de las Fuerzas Armadas «para que abandonen a Allende» y se «sumen a la cruzada de lucha contra el marxismo». Agregaba que «los americanos están en conocimiento de nuestra acción y la aprueban», y citaba una sola vez, que «mi general Ruiz Danyau está a muerte con nosotros».

Allende dijo entonces a Gustavo Leigh Guzmán que se debía entender que «en este complot» hay «traición a la patria», hay una potencia extranjera en complicidad con generales «de la República de Chile». «Esto es un baldón moral para nuestras fuerzas armadas.» Acto seguido señaló a Leigh Guzmán que él debía aceptar la comandancia en jefe de la Fuerza Aérea, aprobar el llamado a retiro de Ruiz Danyau y convencer a las unidades aéreas que pudieran apoyar a Ruiz que no hicieran semejante cosa. Leigh Guzmán, probablemente muy sorprendido por el texto de la grabación que había escuchado, aceptó la proposición del presidente Allende, el cual amenazaba con «dar a conocer a Chile esta infamia».⁵

Al día siguiente, sin informar a Ruiz Danyau de nada, Leigh Guzmán habló con José Toribio Merino, de la Marina; César Mendoza, de Carabineros, y Augusto Pinochet, del Ejército. Les indicó, según parece por los sucesos posteriores, que había que desembarcar a Ruiz Danyau, no apoyar la insurrección de la guarnición aérea de Santiago y esperar el momento preciso para dar el golpe.

Así ocurrió. Al día siguiente, lunes 20 de agosto, la oficialidad de las bases aéreas El Bosque y Los Cerrillos, de Santiago, se autoacuarteló, solicitando apoyo a la Marina de Guerra y a los regimientos Tacna y Buin, así como a la Escuela de Suboficiales y Regimiento Blindado Número 2, ambos acantonados en la ciudad. El día, en todo caso, estaba bien elegido. Salvador Allende viajó en helicóptero a Chillán (unos 500 kilómetros al sur de Santiago) para asistir a la ceremonia de conmemoración del natalicio del padre de la patria, el general Bernardo O'Higgins. Sin embargo, el resto de los generales conspiradores habían decidido hacer abortar este golpe «a destiem-

po» y dejar caer la guillotina sobre el cuello de su cómplice César Ruiz Danyau.

Desde el Ministerio de Defensa, el Estado Mayor Conjunto de la Defensa Nacional, que reúne a las tres ramas militares, tomó las medidas de parlamento y convencimiento para los oficiales aéreos autoacuartelados y ya al mediodía estaban todos de acuerdo en que había que «esperar» y que mientras tanto, el general César Ruiz Danyau sería llamado a retiro, el general Gustavo Leigh Guzmán asumía la comandancia en jefe de la Fuerza Aérea y, por último, en el ministerio de Obras Públicas se nombraba a otro general de aviación, Héctor Magliochetti (el cual es ahora ayudante del general Pinochet).

Todo aparentaba ser una rotunda victoria política de Salvador Allende. Joan Garcés, ciudadano español y asesor económico de Allende, en su testimonio ante la Asamblea General de las Naciones Unidas del 9 de octubre de 1973, indicaba: «Esa noche, a su regreso a Santiago, el presidente Allende es informado de que el general Pinochet, comandante en jefe subrogante del Ejército, fue requerido para que se sumara al golpe y, según él mismo, respondió: “Soy un general respetuoso de la Constitución y seré leal al Gobierno hasta las últimas consecuencias.”»

Resulta notable el hecho de que hasta la mañana del 11 de septiembre, cuando el general Pinochet dirigía desde los faldeos cordilleranos de Peñalolén, en Santiago, la invasión militar a la ciudad y el ataque y destrucción de La Moneda, todavía Salvador Allende pensaba en él como «un general leal» y lo llamaba por teléfono para preguntarle: «¿Qué está pasando, Augusto?»

La «victoria» sobre el pequeño *putsch* Ruiz Danyau del lunes 20 de agosto, fue una a lo Pirro para Salvador Allende. La había logrado a costa de dejar saber a sus enemigos que tenía informaciones concretas de la complicidad de generales chilenos con generales norteamericanos para tramar el golpe de Estado. Fue la segunda y definitiva frase que el propio Allende escribió en su sentencia de muerte dictada por los líderes de la conspiración. A lo de Araya Peters, se sumaba ahora lo de Ruiz Danyau.

Desde el mismo martes 21 de agosto, los autores intelectuales del asesinato —Leigh, Mendoza y Merino—, comenzaron a elaborarlo, asesorados por un equipo sacado del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) del Ejército, del Servicio de Inteligencia de la Armada, y del Servicio de Inteligencia del Ejército

de los Estados Unidos. Quedó definitivamente aceptado por estos tres generales que el exilio de Allende, teniendo esos documentos a su alcance y considerando las simpatías que despertaba en la mayoría de los gobiernos y pueblos del mundo, era un enemigo más que formidable para la dictadura militar que sería implantada. Por eso, el objetivo del plan «alfa uno» quedó estructurado cabalmente para ser puesto en práctica durante el día D.

En términos de reconstrucción aproximada (dadas las dificultades de reportar después del día 11 de septiembre para el autor de este libro, ya que pasó 15 días esquivando las fuerzas militares que lo buscaban, y enseguida estuvo confinado 120 días en una embajada en Santiago, a causa de que la Junta Militar se negaba sistemáticamente a otorgarle salvoconducto para que pudiera salir del país), el objetivo final del plan «alfa uno» estaba contenido en unas ideas que recogí de tercera o cuarta mano después que, consumado el asesinato de Allende, algunos altos mandos militares que estaban en el aparato de acción de «alfa uno», se confidenciaron con mandos inferiores, e incluso civiles, abrumados por la barbaridad que habían planificado, puesto en acción y ejecutado el 11 de septiembre.

Para completar las «ideas básicas» del plan, los autores de «alfa uno» recogieron apresuradamente información sobre la personalidad de Salvador Allende entre los mandos militares que más lo conocían. Principalmente, se valieron de la opinión del general de división Manuel Torres de la Cruz, comandante en jefe de la Quinta División de Ejército en el extremo sur del país, hombre sumamente católico, miembro de la organización internacional Opus Dei y cuarta antigüedad en el generalato del ejército (sobrepasado sólo por Carlos Prats, Augusto Pinochet y Orlando Urbina Herrera; comandante en jefe titular, comandante en jefe subrogante e inspector general del Ejército, respectivamente).

El general Manuel Torres de la Cruz era el jefe de la fracción ultrafascista del Ejército, verdadero motor de la conspiración contra el Gobierno constitucional chileno desde octubre de 1972, y, sin embargo, estaba considerado por Salvador Allende y su «asesor en asuntos militares», el senador Alberto Jerez, de la Izquierda Cristiana, como «el único general allendista del ejército» y un «leal amigo».⁶

Los informes confidenciales del general Torres de la Cruz sobre la personalidad de Allende dibujaron, para los promotores

de «alfa uno», la caricatura de un «individuo exageradamente bebedor, voluble, vanidoso, cobarde, fácil presa del desánimo en los momentos difíciles». Esta caricatura era como calcada de la publicitaria en los periódicos de derecha de Santiago («El Mercurio» y su cadena —del clan monopólico Edwards—; «La Tribuna», del Partido Nacional; y «La Prensa», del grupo de la Democracia Cristiana controlada por Eduardo Frei), en el curso de su violenta campaña por desacreditar la persona del Presidente constitucional, iniciada apenas cuatro o cinco meses después de comenzar su período presidencial el 4 de noviembre de 1970.

Considerando este informe del general Manuel Torres de la Cruz, además de otros del general de Carabineros José María Sepúlveda Galindo y del edecán del Ejército, los promotores del plan «alfa uno», asesorados por el grupo de Inteligencia de la misión militar norteamericana en el Ministerio de Defensa de Chile estimaron que, una vez atrapado Allende en su residencia particular de la calle Tomás Moro, en la parte oriental de la capital, o en el Palacio de la Moneda, para el día del desencadenamiento del golpe militar, sólo podrían ocurrir dos alternativas. En el lenguaje de los conspiradores, las alternativas eran así:

«Probabilidad Uno: El objetivo, acorralado ante el despliegue blindado y de infantería, y bajo la amenaza de bombardeo aéreo, se suicida antes de que comience el combate. Esto es altamente posible, teniendo en cuenta que el objetivo ha expresado en innumerables ocasiones, incluso ante los altos jefes de la Institución, que es un admirador de José Manuel Balmaceda, presidente que se suicidó en 1891, después de la derrota de sus tropas sufrida a manos de las tropas insurgentes.

»Probabilidad Dos: El objetivo, sabiendo que no tiene defensa alguna, ya que él sabe perfectamente que los civiles están incapacitados para defenderse de un ataque coordinado de todas las instituciones armadas del país, se rinde. Esto puede ocurrir antes o después de un bombardeo aéreo de ablandamiento y no de demolición, a su casa particular o al Palacio. El bombardeo de ablandamiento tendrá el carácter de recurso para obtener Uno u obtener Dos, demostrando que la decisión institucional es inflexible y que destruiremos todo intento de oposición a nuestros objetivos mayores.

»Si ocurre la Uno, entonces se debe encargar a prensa militar que haga el anuncio de inmediato, comenzando paralela-

mente la fase prensa de descrédito al objetivo suicida centran-
do la operación en proponer una imagen de borracho, licencio-
so y sibarita (esto se conecta con el equipo encargado de com-
poner pruebas).

»Si se da la Dos, se separa al objetivo de inmediato de todos
los demás civiles y militares que puedan estar con él. Estos
deben ser enviados a seguridad de Escuela Militar, bajo arresto
en tiempo de guerra. El objetivo, una vez aislado, debe ser lle-
vado en seguridad máxima a Blindados 2. Se le debe tratar en
forma humillante por personal escogido con uniforme de baja
graduación. Se le somete a vejámenes (desnudo, actitudes veja-
torias, obligarlo a ejecutar actos humillantes, los cuales se fo-
tografiarán de manera abierta para que el objetivo sepa, se-
gún experiencias que nos han comunicado, para inducirlo a sui-
cidio por efecto traumatizante. Se debe agregar a la preparación
el mostrar al objetivo el material preparado previamente para
desacreditarlo públicamente. Si la inducción tiene éxito, prensa
militar debe comenzar de inmediato la operación «conocimien-
to público» en los términos ya citados. Si el objetivo resiste la
acción del equipo para efecto traumatizante, y no se consigue
resultado alguno cuando hayan transcurrido entre 60 y 90 mi-
nutos después de la rendición, el objetivo será inmovilizado y
muerto con características de suicidio. A esto seguirá la opera-
ción prensa militar como estaba prevista. En ambos procedi-
mientos se informará que el objetivo fue tratado en forma res-
petuosa a su rango por los vencedores. Que, por eso, sus ropas
no se sometieron a registro cuando se le dejó solo en el recinto
de oficiales del regimiento, y esto posibilitó que el objetivo
guardara una pistola calibre 7.65 entre sus ropas. Con ella, el
objetivo se suicidó mientras estaba solo en la dependencia, es-
perando la llegada de los comandantes en jefe para que firmara
su renuncia, según él mismo había aceptado, y dijera unas pa-
labras al pueblo para que no resistiera en ningún momento a
la acción de las instituciones militares. El objetivo había acep-
tado también, salir en un avión, con destino a Cuba, puesto a
su disposición por la FACH.»

De acuerdo con informaciones posteriores, muy fragmenta-
rias, los conspiradores de «alfa uno» no consideraron jamás
la posibilidad de que Salvador Allende resistiera hasta el final
el asalto abrumador de blindados, infantería y aviación, a los
cuales se agregaría más tarde, pasadas las 13 horas, una escua-
dra de carabineros del Grupo de Servicios Especiales, que cu-

brió el segundo piso de La Moneda con bombas de gases lacrimógenos y vomitivos. En todo caso, la reconstrucción del objetivo final de «alfa uno» que ustedes han leído, refleja el grado de decisión homicida con el cual los altos mandos militares afrontaron la tarea de derrocar al Presidente constitucional de Chile, después que éste les mostrara los documentos que poseía y que llevaban a una segura pista para demostrar que el Servicio de Inteligencia de la Marina había organizado el asesinato del edecán naval, comandante Arturo Araya Peters, el 26 de julio; y, además, que el ex general César Ruiz Danyau estaba conspirando con asesores de la misión aérea norteamericana.

El día 11 de septiembre, pocos minutos después de las dos de la tarde, toda la operación «alfa uno» se tambaleó, cuando la patrulla de penetración de la Escuela de Infantería subió al segundo piso de La Moneda y asesinó al presidente Allende «fuera de programa». Y mucho más se complicó «alfa uno» debido a que los defensores civiles del Palacio de Gobierno, al ver caer acribillado a Allende, reaccionaron con furia y rechazaron la penetración de la infantería, manteniéndose en un combate de inútil resistencia 40 o 50 minutos más.

Cuando cerca de las tres de la tarde del 11 de septiembre, el general Javier Palacios Ruhman, comunicó al jefe militar de la insurrección, general Augusto Pinochet Ugarte, que toda la resistencia en La Moneda había cesado, éste conocía de la muerte de Allende desde hacía menos de 30 minutos. Un jeep militar, con una estafeta con «información clasificada» (el lenguaje yanqui del ejército chileno para decir «información secreta»), había partido desde las inmediaciones de La Moneda, por órdenes del general Palacios, hasta el cuartel general de Peñalolén para informar personalmente, y no a través de los equipos de telecomunicaciones, a Pinochet que Allende había sido liquidado a tiros de fusil ametrallador FAL. El jeep llegó a Peñalolén alrededor de las dos y media de la tarde. Desde ese momento, hasta cerca de las tres, Pinochet y su Estado Mayor discutieron qué hacer. Todos estuvieron de acuerdo en que el asesinato de Allende era un tremendo error porque haría más encarnizada la resistencia de los trabajadores; por lo tanto, a cualquier costo, debía probarse que se había suicidado.

Como en esos instantes La Moneda todavía resistía, Pinochet y su Estado Mayor decidieron postergar la discusión de los detalles para fabricar el suicidio hasta el momento de tener en sus manos el cadáver del Presidente constitucional, pero, igual-

mente, decidieron dar una «información oficiosa», para el extranjero, de que Allende se había suicidado. Para ello recurrieron al sistema de telecomunicaciones abierto, sin clave, que habían estado utilizando todo el día, sabiendo perfectamente que radioaficionados chilenos y de Argentina, además de receptores de las agencias norteamericanas de noticias en Santiago, tenían sintonizadas sus bandas de transmisión. Alrededor de 20 minutos antes de las tres de la tarde, desde Peñalolén, se transmitió en sistema morse, al puesto numero cinco, en el Ministerio de Defensa, a ciento cincuenta metros del asediado Palacio de la Moneda, una instrucción de Pinochet para que ese puesto, de viva voz, diera la noticia encubierta como información interna entre los distintos puestos de comando de la insurrección militar. El puesto número cinco al mando del vicealmirante Patricio Carvajal Prado, hombre de confianza del almirante José Toribio Merino, y el cual, presumiblemente estaba también en conocimiento del verdadero alcance de «alfa uno», en ese instante a punto de fracasar, cumplió la orden a las 14.45 horas. Un radioaficionado de izquierdas que estaba escuchando los mensajes militares, pudo grabar esa comunicación y por eso, yo puedo transcribirla textualmente. Decía así:

«Atención... éste es el puesto cinco... el puesto de Patricio... se informa que personal de la Escuela de Infantería está ya dentro de la Moneda... lo que sigue lo voy a transmitir en inglés, por si nos están escuchando... they said presidente Allende committed suicide... ¿me entendió?

La frase en inglés, desde el punto de vista de la seguridad para el mensaje, era ridícula, porque este idioma se enseña en Chile desde la escuela básica. Sin embargo, no era tan ridícula si, como el vicealmirante Carvajal sabía, los corresponsales norteamericanos estaban escuchando en sus monitores de Santiago y de Mendoza, en Argentina. Eso les facilitaba la rápida y exacta comprensión, y lo que los militares insurrectos querían era que todos los teletipos del mundo, a partir de esa hora, prepararan a la opinión pública mundial para la idea del «suicidio de Allende».

Pero ésta fue la parte fácil de la trama montada por los generales insurrectos. La difícil comenzó apenas quince minutos después, cuando Pinochet, ansioso, le preguntó al general Palacios: «¿Cómo está el cadáver?», y éste le contestó: «Destrozado». Pinochet dio orden de aislar el sitio y de que nadie viera el cuerpo ametrallado de Allende.

Durante media hora se buscó una forma adecuada de suicidio para un cadáver ametrallado. Se acordó destrozarle la cabeza con balas de subametralladora, vestirlo de nuevo para impedir que los testigos posibles vieran las otras heridas en el cuerpo, y poner el cadáver en otro sitio más adecuado, ya que el Salón Rojo, lugar original del asesinato, estaba destruido y en llamas, al igual que el despacho de trabajo del Presidente. Se eligió el Salón Independencia, un lugar de descanso y recepción de visitas privado del Presidente. Allí, los hombres del Servicio de Inteligencia del Ejército, vigilados por el general Javier Palacios Ruhman, sacaron del cadáver el ensangrentado suéter de cuello subido que había utilizado durante todo el asedio. También le sacaron los pantalones color azul, que estaban perforados y ensangrentados a la altura del vientre. Le pusieron pantalones de color marengo, sacados de uno de los tantos cadáveres que había dentro de La Moneda, y un suéter gris de cuello subido. En seguida, para mayor seguridad, le colocaron una chaqueta de tweed color gris, abotonada en el botón inferior, que el Presidente se había sacado en el combate, dejándola sobre su mesa de trabajo. Vestido así, los militares del SIM lo sentaron en el sofá de terciopelo rojo que estaba adosado a la pared que da para la calle Morandé, lo apretaron contra el respaldo, pusieron la subametralladora que tenía en sus manos Allende cuando fue asesinado casi una hora y media antes, y lo acribillaron. La cabeza de Allende se partió en dos, y parte de su masa encefálica, sangre y trozos de cabello golpearon y se pegaron en un gobelino que estaba en el muro adyacente al sofá, a una altura superior a los tres metros. El escenario estaba completo. Como el cadáver de Allende tenía un *rigor mortis* de poco más de una hora, no fue fácil colocarlo en el sillón, y los militares del Servicio de Inteligencia del Ejército tuvieron que enderezar con fuerza las piernas del ex Presidente, dejándolas muy separadas, para que estabilizaran el cuerpo. Los brazos quedaron colgando a los costados del cuerpo, ligeramente extendidos.

Eran las tres y media de la tarde. En ese instante, más de tres horas después de comenzado el incendio de La Moneda originado por la explosión de los cohetes de los aviones Hawker Hunter, los bomberos de la Quinta Compañía (que tenían preparados sus carros contra incendios desde las 12.20 horas, cuando terminó el bombardeo aéreo y vieron las llamas sobre el edificio gubernativo) recibieron órdenes de salir a combatir el

fuego. El cuartel de la Quinta Compañía de Bomberos está a menos de trescientos metros de La Moneda, en calle Nataniel, en la planta baja del mismo edificio que ocupan las oficinas de la agencia norteamericana de noticias United Press International.

Jaime Egaña, capitán de la compañía de bomberos' relata que «un momento que no se nos olvidará fue la salida del carro bomba desde el cuartel; se abrieron las puertas y los soldados se apostaron en diversos sitios. Al salir, los militares dispararon simultáneamente contra todos los sitios para defender nuestro avance».

Al llegar a La Moneda, los bomberos vieron que el incendio cubría casi todo el sector de calle Morandé, en los pisos segundo y tercero, y toda la fachada norte, en que estaban el Ministerio del Interior y la Presidencia.

La orden de intervención para los bomberos había sido dada desde el Ministerio de Defensa, después que el general Palacios informara que estaba todo listo en el salón privado de la Presidencia. Es decir, que el espectáculo estaba montado para esparcir por el mundo la teoría de que Allende se había suicidado. Sin embargo, el general Palacios, presionado por el incendio que amenazaba con llegar al lugar donde se preparaba la trama, actuó con demasiada prisa al informar al Ministerio de Defensa que «todo O.K.». Y eso porque cuando los bomberos comenzaron a combatir el fuego, por lo menos dos entraron al Salón Independencia, y fueron empujados hacia el exterior por los fusiles ametralladoras de los que estaban en el interior. Pero alcanzaron a ver a uno de los militares, que ponía un arma en las rodillas del cadáver sentado en el sofá, mientras otro ponía a su lado el casco de combate y los anteojos del presidente Allende. Sólo después de eso, se les informó a todos los bomberos que ahí no se podía entrar, porque «el presidente Allende se suicidó y no se puede mover nada».

Al mismo tiempo que esto ocurría, los miembros del SIM estaban empeñados en otra tarea importante: la de fabricar un testigo caído del cielo. Ocurrió que cuando las fuerzas de infantería entraron por segunda vez al segundo piso de La Moneda, desmoronada ya la resistencia civil, actuaron con una brutalidad sin límites, golpeando, pateando y dando de culatazos a los rendidos, obligándolos a tenderse en el suelo, de bruces, con las manos sobre la nuca, y corriendo sobre ellos con las pesadas botas de combate al atravesar los pasillos. Uno de los úl-

timos en ser rodeados por los soldados asaltantes fue un civil que llevaba un maletín en la mano, que estaba acurrucado contra un muro y sollozaba, histérico, gritando «yo no he hecho nada... yo no he hecho nada». Uno de los miembros del equipo del SIM que iba a la cabeza, junto con el general Palacios, para comenzar el trabajo de «montar el suicidio» de Allende, se quedó con el histérico prisionero, mientras a pocos metros, en el Salón Independencia, se discutía la forma de simular el suicidio. Ahí surgió la idea. El civil fue llevado al Salón, y los miembros del SIM le dijeron: «Tú eres del GAP y asesinaste al Presidente... Te fusilaremos en el acto».

Ese hombre era el doctor Patricio Guijón Klein, que desde noviembre de 1972 había sido contratado como médico cirujano en el equipo de doctores para cuidar la salud del presidente. No pertenecía a ningún partido político integrante de la Unidad Popular. Había aceptado ser médico de Allende simplemente porque eso mejoraba su *statu* como profesional. Esa tarde del 11 de septiembre se había visto entrampado junto con el equipo médico restante (siete personas), y el futuro le deparaba ser «testigo» de un suicidio que no ocurrió... Era su vida contra su participación en la trama montada por los militares insurrectos. Prefirió ser testigo.

Con Palacios y los miembros del SIM, entre las tres y cuatro de la tarde, el doctor Guijón se aprendió el esquema general de lo que tenía que decir. Fueron testigos de este acuerdo las decenas de cadáveres de soldados que había en el interior de La Moneda, y los nueve cadáveres de los civiles que cayeron defendiendo la sede de los presidentes constitucionales de Chile. Mientras combatían el fuego, los bomberos fueron advertidos que todos quedaban bajo «jurisdicción militar» y no «pueden decir a nadie lo que han visto dentro de este recinto». La eficacia de la maquinaria militar para fusilar, detener, torturar y hacer desaparecer personas por miles, demostrada en los días posteriores, reafirmó en el ánimo de los bomberos de la Quinta Compañía el deseo de cumplir con las órdenes militares recibidas el 11 de septiembre, entre las tres y media de la tarde y las diez de la noche, cuando se retiraron del recinto, después de sofocar el incendio.

A esa hora, el cadáver del presidente Allende ya estaba en el Hospital Militar, para ser puesto dentro de un ataúd, y para servir de testigo a una junta de médicos del Ejército, la Fuerza Aérea, Marina y Carabineros, que no harían más que copiar en

un «acta» lo puesto horas antes por los detectives de la Brigada de Homicidios, llamados por el general Ernesto Baeza Michelsen, comandante de las fuerzas militares que habían invadido el centro de Santiago a partir de las seis de la mañana de ese día.

Los detectives de la Brigada de Homicidios fueron llamados a las cuatro de la tarde por el general Baeza Michelsen. A esa misma hora, desde el comando conjunto central, en Peñalolén, Pinochet, por intermedio del general Oscar Bonilla, el cual sabía del plan primitivo que se frustró, daba órdenes distintas, que no fueron obedecidas. En la grabación de un radioaficionado, esta orden se transmitió así:

«Aquí general Bonilla... General Bonilla a contralmirante Carvajal. Una orden de Pinochet... General Bonilla de parte de comandante en jefe: es indispensable que a la mayor brevedad posible los médicos jefes del Servicio de Sanidad del Ejército, Armada y Fuerza Aérea y también Carabineros, más el médico legista de Santiago, certifiquen la causa de la muerte del señor Allende... con el objeto de que más adelante no se nos pueda imputar por los políticos a las Fuerzas Armadas que fuimos los que provocamos su fallecimiento... esto debe ser a la brevedad... diga si me ha entendido...

»Conforme... repito: los jefes de Sanidad del Ejército, Armada y Fuerza Aérea y también Carabineros, más el médico legista de Santiago, certifiquen la causa de la muerte del señor Allende... con el objeto...

»Sí... los jefes del Servicio de Sanidad de cada institución y además de Carabineros... roger...»

La descoordinación entre los jefes militares, atropellándose entre sí para intentar sepultar a los ojos de los chilenos y de los demás pueblos del mundo el asesinato de Allende, era muy grande esa tarde del 11 de septiembre. Razonando con frialdad, el jefe de las fuerzas que asaltaron el centro de Santiago, general de brigada Ernesto Baeza Michelsen, en contacto con su superior inmediato, el jefe de las fuerzas que ocuparon toda la provincia de Santiago, general de brigada Sergio Arellano Stark, parece haber llegado a la conclusión que después de la acción militar de *blitzkrieg* en que estaban siendo fusilados y asesinados miles de civiles en todo el país, la «palabra militar» iba a estar muy desprestigiada en la opinión pública chilena. Por eso, decidió que la «certificación» del «suicidio» debía estar avalada por la policía civil, y con ese objeto llamó a la Moneda al equi-

po de la Brigada de Homicidios, desobedeciendo las órdenes del propio general Pinochet, que exigía la presencia de los médicos militares. Baeza Michelsen, en diez minutos, ordenó al equipo de la Brigada de Homicidios lo que tenía que hacer:

1. Levantar un acta del «sitio del suceso» tal como lo iban a encontrar cuando entraran al Salón Independencia de La Moneda. Es decir, debían levantar un acta del escenario tal como lo preparó entre las tres y tres y media de la tarde el equipo del Servicio de Inteligencia Militar, vigilado por el general de brigada Javier Palacios Ruhman.

2. Examinar la herida de «tipo suicida» que el cadáver de Allende tenía en la cabeza... Y NADA MÁS...

3. No realizar una investigación circunstancial del sitio del suceso.

Los miembros de la Brigada de Homicidios, encabezados por el inspector Pedro Espinoza Valdés, cuyas ideas políticas eran notoriamente contrarias al destruido régimen de la Unidad Popular, comenzaron su «trabajo» a las 16.20 horas del día martes 11 de septiembre y lo terminaron a las 18.10 horas.

Una hora después que este trabajo había concluido el general Pinochet, por intermedio del general Óscar Bonilla, seguía insistiendo en la presencia de los médicos militares y, desesperado, preguntaba por qué no llegaba todavía al comando central de las tropas de ocupación de la capital el «acta del suicidio».

A las siete de la tarde, un radioaficionado captó y grabó esta conversación por el equipo de telecomunicación de los militares, entre el general Bonilla y el general de aviación Nicanor Díaz Estrada, que estaba a cargo del puesto de coordinación, en el Ministerio de Defensa Nacional:

«Nicanor... escucha... queremos saber si ya los jefes del Servicio de Sanidad y el médico legista hicieron el reconocimiento y el acta correspondiente... esto es muy importante... NO LO VAYAN A LLEVAR A LA MORGUE PARA QUE LE HAGAN LA AUTOPSIA PORQUE ÉSE ES UN ANTRO DE EXTREMISTAS Y PUEDEN TRATAR DE ROBARSE EL CUERPO...

»Comprendido... dimos orden de traslado EN SECRETO al Hospital Militar... los jefes legistas fueron citados en el Hospital Militar. Di orden de que el acta deben traerla aquí, al Estado Mayor. Pero no la han traído... DE ESTO HACE UNA HORA Y MEDIA... pero no tenemos noticias...

»Sí, Nicanor... Dile a Herman Brady que garantice la abso-

luta seguridad militar del Hospital Militar... Esto es importante... Adelante. Cambio, Nicanor...

»Lo hice así.

»Gracias, Nicanor.»

Está claro que los generales al mando de las tropas de invasión de Santiago estaban muy preocupados por mantener fuera de la vista de todas las personas ajenas a sus instituciones el cadáver del asesinado presidente. Y su preocupación fue tan celosa que, al día siguiente, no le permitieron a su viuda, Hortensia Bussi, que mirara por última vez el cuerpo de su marido.

La viuda de Allende, el día 13 de septiembre, en Santiago, en la embajada de México, relató al periodista mexicano Manuel Mejido, del «Excelsior», la forma en que los militares le impidieron ver el cadáver: «Al otro día (miércoles 12 de septiembre) me avisaron por teléfono que Salvador se encontraba en el Hospital Militar y que estaba herido. Me dirigí allá y aunque me identifiqué plenamente, los soldados me negaron la entrada. Después hablé con un general que me recibió con estas palabras: "Señora, fui amigo de Salvador Allende. Le expreso mi más sentido pésame". Entonces supe que había muerto.

»Me prometió ese general, cuyo nombre no conozco, un jeep y un oficial para que me acompañara al campo aéreo del Grupo Siete de las Fuerzas Aéreas de Chile, donde me dijeron que tenía que dirigirme. Pero después salió otro general que tampoco conozco, y simplemente me dijo que viajara en mi auto, porque no había disponibles ni vehículos ni soldados.

»Decidí viajar en el pequeño automóvil de mi sobrino Eduardo Grove Allende. En el campo aéreo me dijeron que el cadáver de Salvador estaba a bordo de un avión de la Fuerza Aérea. Antes de abordarlo hablé por teléfono con mi hija Isabel, pero no pudo acompañarme porque le faltaba su salvoconducto.

»Subí al avión. Imagínese el cuadro que vi: Un ataúd en el centro, cubierto con una cobija militar, y a los lados, Patricio López, mi otro sobrino, y Laura Allende, la hermana de Salvador. Me acompañaron también el edecán Roberto Sánchez y Eduardo Grove. Volamos hacia Viña del Mar. El avión descendió en la base aérea de Quintero. El vuelo fue sin tropiezos, suave. Después bajaron a Salvador.

»Pedí verlo, tocarlo, pero no me lo permitieron... Me dijeron que la caja estaba soldada. En dos automóviles, siguiendo al furgón, fuimos hasta el cementerio de Santa Inés. La gente nos miraba extrañada. No sabía de quién se trataba, ni de quién era

el cadáver que iba en el furgón. Había gran cantidad de soldados y de carabineros, como si se esperase una multitud. Las cinco personas que acompañábamos a Salvador caminamos en silencio hasta la cripta familiar, donde enterramos hace un mes a Inés Allende, la hermana de Salvador, que había muerto de cancer.

»Volví a insistir en ver a mi marido. No me lo permitieron, pero levantaron la tapa y sólo descubrí una sábana que lo cubría. No supe si eran los pies o la cabeza. Me dieron ganas de llorar. Los oficiales me impidieron que lo viera. Volvieron a repetirme que el ataúd se encontraba soldado. Entonces dije al oficial que me acompañaba, en voz alta: "Salvador Allende no puede ser enterrado en forma tan anónima. Quiero que ustedes sepan por lo menos el nombre de la persona que están enterrando." Tomé unas flores cercanas y las arrojé a la fosa y dije: "Aquí descansa Salvador Allende, que es el Presidente de la República y a quien no han permitido que ni su familia lo acompañe".»

Las contradicciones

La preparación del escenario en el Salón Independencia del Palacio de Gobierno de Chile fue tan precipitada, debido a que no se pudo poner en práctica la operación final de «alfa uno» para suicidar a Allende en el interior del Regimiento Blindados Número 2 que los diferentes personajes que intervinieron en la trama cometieron errores burdos. Errores que podrían servir para que cualquier detective de tercera categoría de la policía civil de Santiago investigara y desentrañara el crimen. Pero, la policía civil de Santiago no está interesada en descubrir a los homicidios del presidente Allende. El actual Director de Investigaciones es el mismo general que dio las órdenes de «no investigar» a los técnicos de la Brigada de Homicidios que concurren a La Moneda a examinar SOLAMENTE la herida de tipo suicida que Allende tenía en la cabeza, después que le fue destruida con su propia metrallera por agentes del Servicio de Inteligencia del Ejército. El mismo día 11 de septiembre, en la tarde, el general Ernesto Baeza Michelsen fue nombrado Director de Investigaciones, es decir, jefe máximo del inspector Pedro Espinoza y el resto de policías civiles que concurren a La Moneda. Por eso, ningún detective chileno se dedicaría a

investigar y resolver el fácil caso del homicidio del Presidente de Chile.

Pero, la presión psíquica de los momentos que se vivían el 11 de septiembre, al parecer, influyó demasiado en el inspector Pedro Espinoza y sus subordinados no razonaron con claridad. Por ello no repararon en un error cometido por los agentes del SIM que prepararon el escenario del «suicidio». Y a tal punto no repararon, que el error quedó por escrito, para la Historia, en «el parte policial» levantado en La Moneda, según se conoció oficialmente el día 20 de septiembre en Santiago, por lectura del propio general Baeza Michelsen, en conferencia de prensa a los periodistas sobrevivientes de la invasión militar contra Santiago iniciada el día 11 de ese mismo mes.

Dice el parte de la Brigada de Homicidios:

«El cadáver yacía sentado sobre un diván de terciopelo rojo granate adosado al muro oriental, entre dos ventanas que miran a la calle Morandé, con la cabeza y el tronco LEVEMENTE INCLINADOS HACIA EL LADO DERECHO, MIEMBROS SUPERIORES LIGERAMENTE EXTENDIDOS, EXTREMIDADES INFERIORES EXTENDIDAS Y UN TANTO SEPARADAS.»

Y agrega algo determinante para cualquier investigación:

«LOS PROYECTILES SUICIDAS FUERON DISPARADOS CON EL ARMA PUESTA ENTRE LAS RODILLAS Y EL CAÑÓN PEGADO A LA BARBILLA.»

¿Qué clase de arma fue la utilizada por Salvador Allende, según este parte policial?

«Fusil ametrallador núm. 1.651, de fabricación soviética, en cuya culata se leía la inscripción: "A Salvador de su compañero de armas. Fidel."»

Es decir, se trataba de un fusil de grueso calibre, cuyo efecto de retroceso es muy poderoso.

Cualquier reportero policial, y el autor de este reportaje lo fue durante largo tiempo en el periódico «La Tercera», de Santiago, tiene una experiencia práctica en muertes de tipo suicida, con arma de fuego, y el suicida no queda sentado en una silla o mueble sin brazos laterales estrechos. Esto permite que hagamos una reconstrucción de los sucesos a partir de la afirmación de la Brigada de Homicidios, según la cual Salvador Allende se habría suicidado apoyando un fusil ametrallador tipo AK en sus rodillas, tras sentarse en un sofá bastante ancho; es decir, sin apoyo lateral.

En el momento de sentarse, debido a la altura del asiento del sofá (los reporteros conocíamos ese sofá bastante bien) y para sujetar la culata del fusil ametrallador con las rodillas, Salvador Allende tendría que haberse apoyado en la punta de los pies, con las piernas muy tensas, el tronco inclinado, los brazos muy flectados y la cabeza descansando sobre la punta del cañón del fusil ametrallador. Habría sido lo que se podría llamar una posición «incómoda», en «equilibrio inestable» hacia adelante.

Pues bien, al apretar el gatillo en esa posición y volarse media cabeza, el cuerpo del «suicida» tendría que haber sufrido un sacudón primero, separándose sus rodillas, y el fusil ametrallador habría caído con fuerza al suelo, mientras que el tronco se inclinaría hacia adelante y a la derecha, cayendo al suelo junto al sofá.

Sin embargo, nada de eso ocurrió. Al revés, como si el caso de Allende hubiera sido muy especial, en el cual no se cumplen las leyes del modo de morir de todo ser humano, su cadáver RÍGIDO DE INMEDIATO DESPUÉS DE LOS BALAZOS, abrió las piernas, ya rígidas, para no caer del sofá, y, lo mejor de todo, para que no hubiera duda: el fusil ametrallador quedó sobre la falda del «suicida».

(Este detalle está contenido en la propia acta legal levantada por la Brigada de Homicidios, y en las declaraciones del general Javier Palacios Ruhman, el 21 de septiembre, en Bogotá, a la agencia española EFE: «Me acerqué al cadáver. El Presidente estaba sentado en la mitad del sofá tapizado de rojo CON LA METRALLETA EN LAS MANOS. El casco y la máscara de gases a un lado, los anteojos en el suelo. La cara estaba hinchada y la cabeza partida en dos, como una sandía.» Fíjense ustedes como el propio general Palacios se desenmascara. Al querer dar mayores detalles pone al descubierto las incongruencias: el cadáver estaba «sentado»... «en el medio» del sofá... se destrozó «como una sandía» la cabeza con un fusil ametrallador... ¡y sin embargo la muerte y el *rigor mortis* le vinieron de manera instantánea... dejándolo sentado... y con el fusil en la mano, después del tremendo impacto de dos balas del calibre del AK soviético!)

Así, la propia versión de la Brigada de Homicidios de la policía civil chilena, que el general Ernesto Baeza esperaba les sirviera de escudo de protección a los altos mandos que planearon el asesinato del presidente Allende, los desenmascaró totalmente. Dejó en evidencia que:

1) El cadáver de Allende FUE ACOMODADO EN EL SOFA DESPUÉS DE MUERTO UNA HORA ANTES.

2) Entre las dos y ocho minutos de la tarde, momento en que Salvador Allende fue asesinado por una patrulla de penetración de la Escuela de Infantería, al mando de un capitán, y las cuatro y veinte minutos de esa misma tarde (hora en que el personal de la Brigada de Homicidios de la Policía Civil comenzó el examen «del sitio del suceso»), el general Javier Palacios Ruhman, al mando de un equipo del Servicio de Inteligencia, trasladó el cadáver de Allende desde el Salón Rojo al Salón de la Independencia, le cambió parte de la ropa, le puso una chaqueta, le voló la cabeza de dos balazos de fusil ametrallador, obligó al médico Patricio Guijón Klein a servir de «testigo presencial» del supuesto suicidio presidencial, y, por órdenes del general Ernesto Baeza Michelsen, contravino las del comandante en jefe de la insurrección militar contra los civiles chilenos, general Augusto Pinochet, que exigía que «el suicidio» fuera certificado por los médicos militares —para mayor seguridad, por supuesto— y no por los médicos civiles.

3) Toda esta trama se hizo con tal apresuramiento, que se cometieron errores elementales, tan elementales como el de la posición del cadáver de Allende; las contradicciones entre Guijón y el general Palacios en sus declaraciones posteriores (como veremos más adelante); la falsedad circunstancial del comunicado oficial de los generales insurrectos sobre la muerte de Allende; y lo más grave, una diferencia de DOS HORAS entre la muerte real del presidente Allende, y la muerte que señala el informe de la Brigada de Homicidios.

Este último e increíble error está contenido en las líneas finales del informe policial, según versión publicada en el diario «El Mercurio», de Santiago de Chile, del día 21 de septiembre. Dice así:

«Data de muerte, a las 18.10 horas, hora en que finalizó el examen, fue estimada en seis horas.»

Ahora, es cuestión de hacer la resta. ¿Cuánto es 18.10 menos seis? es 12.10. Es decir, que según el nervioso informe pericial hecho por el inspector Pedro Espinoza Valdés, de la Brigada de Homicidios, al cadáver de Salvador Allende, éste se habría suicidado pocos minutos después del mediodía. ¡A la hora en que los dos aviones de combate Hawker Hunter, de la Fuerza Aérea chilena finalizaban de descargar sobre La Moneda 18 cohetes de guerra! ¡Es decir, dos horas antes de la muerte real de Allende!

Este increíble error de los expertos de la policía chilena, revela hasta qué punto ese examen del «sitio del suceso» fue hecho bajo presión anímica.

Por supuesto, no se puede culpar a los policías al mando del inspector Espinoza por estos errores. Hay que tener en consideración que cuando ellos llegaron a La Moneda, en la tarde del día 11 de septiembre, se combatía en toda la capital, y no estaba claro qué bando podía ganar la batalla. Entonces, aun cuando los policías debieron darse cuenta de que el montaje de la escena del «suicidio» de Salvador Allende era sumamente defectuoso, no pusieron reparos y, actuando «profesionalmente», se limitaron a reflejar por escrito, en el informe pericial, la escena tal como la encontraron. Total, no era la policía civil la que había montado la escena. Más que eso: en aquellos momentos, ellos no tenían la menor idea por qué se había montado una escena para hacer aparecer a Salvador Allende como suicidado. En una palabra, los expertos policiales, al actuar como actuaron y escribir de esa forma el informe pericial, se dejaron una «puerta de salida» para su actuación en la trama, en el caso de que más adelante los militares insurrectos hubieran sido derrotados por los civiles que combatían para defender el orden constitucional y democrático.

Pero no sólo el informe oficial de la Brigada de Homicidios revela más allá de toda duda que los testigos principales del supuesto suicidio de Allende estaban mintiendo. Comencemos por el más importante, el general de brigada Javier Palacios Ruhman, jefe de las fuerzas de asalto blindadas y de infantería al Palacio de La Moneda.

El día 21 de septiembre, en la ciudad de Bogotá, Colombia, el general Palacios fue entrevistado por el periodista Arturo Abella, en el programa informativo de televisión «Siete en Punto». He aquí transcripción textual de sus declaraciones:

«Cuando rodeamos el Palacio de La Moneda, en forma de tenazas, la aviación había destruido gran parte de la casa. Nosotros entramos sin máscara de gases y nos recibieron a balazos los miembros de la guardia personal de Allende y gritaban «El marxismo no se rinde». No veíamos casi nada por el humo, pero dominamos la resistencia. Cuando subí al segundo piso, en busca del Presidente, las oficinas donde despachaba estaban solas y en desorden... Seguí mi camino por los sitios que no estaban destruidos. Llegué a la antesala del gran comedor de Palacio. Abrí la puerta, allí estaba Allende sentado en un sofá.

»¿Usted lo identificó a primera vista? —preguntó el periodista.

»No. No me pareció que era Allende. Al lado suyo, o en un rincón, había un médico de apellido Yojón o Guijón. Temblaba y casi no podía hablar. Me dijo: "Es el Presidente, es el Presidente". Me acerqué al cadáver. El Presidente estaba sentado en la mitad del sofá tapizado de rojo, con la metralleta en las manos. El casco y la máscara de gases a un lado, los anteojos en el suelo. La cabeza estaba hinchada y la cabeza partida en dos, como una sandía. Las manos estaban negras de pólvora. No había casi sangre. Ordené a mis hombres que no tocaran nada, mientras llegaban los peritos a examinar el cadáver. Llegaron los peritos de las tres armas chilenas. Comprobaron el suicidio. Se tomaron fotografías que están en poder del Gobierno y que serán presentadas, si se desea verlas.

»¿Se dice que tenía heridas en varias partes del cuerpo?

»Ni una sola. Ni una sola. El peritaje lo puede demostrar. Había también en la habitación una botella de whisky. Pedí a los legistas que establecieran si el Presidente había bebido algo, la prueba fue negativa. Allende no bebió absolutamente nada.»

Es importante no perder de vista el hecho de que estas declaraciones fueron hechas el día 21 de septiembre, en la ciudad de Bogotá, por el general Javier Palacios, quien estaba en Colombia como jefe de la delegación deportiva militar chilena al Quinto Festival Sudamericano de Cadetes. Es decir, Palacios no tenía idea del «perfeccionamiento» en Chile, de la historia del «suicidio» de Allende centralizada ahora en las manos del general Ernesto Baeza Michelsen.

Del relato de Palacios se desprende que las tropas a su mando entraron a la Moneda a sangre y fuego, luchando contra defensores del recinto QUE NO TENÍAN INTENCIÓN ALGUNA DE RENDIRSE... Bueno, si esto era así... ¿por qué se había suicidado Allende? Era un detalle muy importante que, en Santiago, el general Baeza Michelsen ya había resuelto, adecuando coherentemente los testimonios del testigo civil —doctor Guijón— y la versión oficial «corregida» de la caída de La Moneda. Esto no fue una tarea fácil para el general Baeza, porque otros generales, encabezados por el propio Augusto Pinochet, habían dejado por escrito, en declaraciones apresuradas, una serie de errores y falsedades que, compiladas ordenadamente por un investigador serio e imparcial, podrían destruir todas las versiones militares sobre el supuesto suicidio de Allende.

Como ha quedado establecido fehacientemente, los defensores de la administración constitucional chilena en el Palacio de la Moneda, no expresaron nunca su deseo de rendirse, pero, al mismo tiempo, durante toda la mañana, los mandos militares insurrectos anunciaron reiteradamente la «rendición» de Allende a través de las radioemisoras en su poder, e incluso por medio de una comunicación oficial, poco después de la una de la tarde del día 11.

Los hechos, cronológicamente, ocurrieron así:

9.20 horas del martes 11 de septiembre. Salen de La Moneda los tres edecanes militares del presidente Allende, a los cuales éste les había dicho que «los generales traidores a Chile anunciarán que atacarán este Palacio presidencial en cinco minutos más... Ustedes quedan en libertad de acción conforme les dicte su conciencia. Yo me quedaré en La Moneda y resistiré hasta el último cartucho.» Los médicos: Enrique Paris, comunista; Eduardo Paredes, socialista, varios periodistas de la Unidad Popular y parte de los ministros que acompañaban a Allende en esos momentos, fueron testigos de esta conversación. Cuando los edecanes presidenciales dejaron el Palacio y entraron al Ministerio de Defensa (a una cuadra de distancia), la Radio Sociedad Nacional de Agricultura anunció por primera vez la rendición de Allende.

11 horas. Cuando el anunciado bombardeo de la Fuerza Aérea para esa hora no se produjo, las radios en manos de los insurrectos también propalaron la rendición de Allende. Pero la verdad era otra. Allende había pedido a los generales que suspendieran por diez minutos el bombardeo, para que «las mujeres y quienes lo deseen abandonen este lugar antes de la batalla final». Allende, a esa hora, reunió a todos los ocupantes de Palacio, civiles y militares, en el Patio de Invierno del recinto. Allí, habiéndoles a los integrantes de la guardia de Carabineros de Palacio —cincuenta hombres— y al general de Carabineros José María Sepúlveda Galindo, director general del Cuerpo policial militarizado, depuesto esa mañana por la insurrección del general César Mendoza Durán, integrante de la Junta Militar, les dijo que podían abandonar La Moneda quienes quisieran. Les agregó que lo único que «les pido, es que no se resistan a entregar sus armas cuando abandonen Palacio. Esas armas las necesitamos quienes vamos a hacer frente a la sublevación militar». Todos los jefes y tropas de Carabineros abandonaron La Moneda, a medida que eran desarmados por los civiles, los cuales

tuvieron que mantenerlos encañonados para evitar cualquier traición. La traición de Sepúlveda Galindo al presidente Allende, esa mañana, fue premiada por los integrantes de la Junta Militar, más tarde.

11.10 horas. Salen de La Moneda las primeras mujeres —entre ellas las periodistas Frida Modak y Verónica Ahumada. El Presidente había estado tratando, desde las nueve y media de la mañana, cuando las tropas insurrectas que rodeaban La Moneda hicieron los primeros disparos en contra de Palacio, que las mujeres y «los varones que no tengan armas» se fueran del recinto. A las nueve y veinticinco de la mañana, Allende, en el Salón Toesca, reunió a todas las personas que había en el recinto para avisarles que el «general traidor Baeza Michelsen me ha anunciado que comenzará a atacar La Moneda en dos minutos más». Por esa razón, Allende dijo un breve discurso, cuya reconstrucción aproximada es la siguiente: «Del mismo modo que ninguna revolución puede triunfar si sus dirigentes no saben asumir sus responsabilidades en todo momento y hasta sus últimas consecuencias, también es cierto que las muertes inútiles no contribuyen en absoluto a la causa de la revolución. Por ello ruego encarecidamente a los varones para que me ayuden a convencer a las damas para que abandonen el Palacio, ya que los que en él nos quedaremos vamos a resistir hasta el final.»

Minutos antes de las once de la mañana, en un gesto típico de la personalidad de Allende, éste se había comunicado por teléfono con el general Baeza Michelsen para pedirle un «alto el fuego de diez o quince minutos» para permitir la evacuación de las mujeres. Beatriz Allende, hija del Presidente, estaba presente en esa conversación telefónica y recuerda que Allende le dijo: «General Baeza, usted que ha traicionado a la Patria, espero que por lo menos no sea traidor a lo que un hombre debe a la mujer. Respételas al menos por eso.»

A esa hora, el nerviosismo en el cuartel general de los mandos sublevados era muy grande. La petición de tregua de Allende al general Baeza había sido entendida por el general Augusto Pinochet como petición de rendición. Y cuando las primeras mujeres salían de la Moneda, el general Pinochet desde su puesto de comando en Peñalolén, llamaba desesperadamente al puesto de coordinación, en el Ministerio de Defensa, que estaba encabezado por el vicealmirante Patricio Carvajal. La conversación, grabada por un radioaficionado de izquierdas, fue la siguiente:

—Deme con el vicealmirante Carvajal... Augusto llama a Patricio...

—Momento, por favor... Un momento, mi general... Aquí está puesto cinco...

—Patricio... Mientras luego se vaya el Presidente con todos los gallos que quiera... Con todos los gallos que quiera...

—No todos... Los GAP no... No todos... En estos momentos dijeron que se rinden cinco mujeres...

—De La Moneda al avión... De La Moneda al avión, viejo... No lo paseen más... Fondeadito al tiro... Para que no haya problemas... Ningún GAP con él... A los GAP hay que juzgarlos a todos... Que lo lleven escoltadito porque lo pueden quitar...

Hay que recordar que a esa hora se combatía en los sectores industriales de Los Cerrillos, Vicuña Mackenna y en todo el radio central de la capital, entre Plaza Italia por el este, Universidad Técnica del Estado por el oeste, el río Mapocho por el norte y Avenida Matta por el sur (un semirrectángulo de 30 por 20 cuadras, más o menos). Por otro lado, el general Augusto Pinochet, a quien no se le había hecho partícipe del plan «alfa uno» para asesinar a Allende por medio de un suicidio simulado, estaba convencido de que el objetivo final del ataque a La Moneda era poner a Allende en un avión en la base aérea militar de Los Cerrillos y mandarlo fuera de Chile. Sin embargo, el vicealmirante Patricio Carvajal sí lo sabía.⁷

Cuando, minutos después de las 11.15, el general Augusto Pinochet se enteró que no había tal rendición, que las «cinco mujeres» no se habían rendido, como lo dijera erradamente el vicealmirante Carvajal, y que esas mujeres y algunos civiles varones habían evacuado simplemente La Moneda, y que el combate proseguía, ordenó una nueva tregua y pidió hablar con el presidente Allende. De esa conversación, sólo han quedado los textos reconstruidos de las respuestas de Allende:

—Yo no hago tratos con traidores. Y usted, general Pinochet, es un traidor.

En esos momentos, el general Pinochet pidió ayuda al vicealmirante José Toribio Merino, jefe de la insurrección en la Marina, y uno de los cuatro integrantes de la autoproclamada Junta de Gobierno. Merino, al parecer, exigió por teléfono a Allende que se rindiera, a lo cual respondió Allende:

—Rendirse es para los cobardes y yo no soy cobarde. Los verdaderos cobardes son ustedes que conspiran como los maleantes a la sombra de la noche.

A pesar de la insistencia de los generales Pinochet y Baeza y del vicealmirante Merino, Allende se negó a rendirse y, también, se negó a entrar en tratos con ellos «porque yo soy superior y no puedo tratar con mis subordinados en rebeldía». Esto llevó a Allende a pensar que sería útil una negociación «a segundo nivel», y encargó a Fernando Flores, ex ministro de Hacienda, a Daniel Vergara, subsecretario de Interior, y a Osvaldo Puccio, su secretario privado, que fueran en «embajada» al Ministerio de Defensa, para discutir con los generales los términos de «un arreglo político» de la situación.

A las 11.30 horas, estos tres funcionarios del gobierno Allende dejaron La Moneda y fueron llevados, con escolta militar, al Ministerio de Defensa. Allí, los tres pidieron ver a los generales Pinochet, Leigh y Mendoza y al vicealmirante Merino, para «parlamentar».

Merino y Leigh se opusieron a ello. Pinochet y Mendoza querían entrar en tratos con los enviados de Allende. Seguramente para forzar los acontecimientos, impedir el parlamento y seguir adelante con el plan «alfa uno» de obligar a Allende a rendirse en combate y ser asilado con menos probabilidades de testigos molestos, para enseguida suicidarlo, el general Gustavo Leigh dio la «luz verde» para el bombardeo a la Moneda. Veinte minutos después de haber entrado en el Ministerio de Defensa, y sin siquiera haber conversado ni con los mandos militares responsables de ese recinto, es decir, mientras todavía hacían antesala, los tres enviados de Allende a «parlamentar» fueron aterrados testigos del bombardeo a La Moneda por dos aviones de combate Hawker Hunter.

El bombardeo comenzó a las 11.56 de la mañana. El ataque aéreo se hizo desde el norte al sur, desde el río Mapocho hacia la alameda Bernardo O'Higgins. Para las decenas de miles de santiaguinos que viven en las inmediaciones de la Plaza de la Constitución, donde estaba el palacio de los presidentes de Chile, las 11.56 horas del día 11 de septiembre marca el comienzo de una pesadilla: ninguno creyó que podía ocurrir lo que estaban viendo en esos instantes: el palacio de gobierno bombardeado por aviones chilenos. Era el símbolo de la destrucción total, física, de un bando político por otro bando político... ¡en Chile, el país de los 150 años de lucha política democrática!

¿Qué sintieron los pilotos militares que manejaban los dos aviones atacantes, en ese mismo momento? La respuesta se conoció el sábado 24 de noviembre de 1973, setenta y cuatro días

después del bombardeo, cuando el diario «El Mercurio» publicó una entrevista a los dos pilotos que habían dejado caer la muerte y la destrucción sobre la ex casa de los presidentes constitucionales de su país.

«El Mercurio» pregunta a uno de los pilotos:

«¿Qué sintió cuando supo que debía bombardear La Moneda?»

»Mucha preocupación. Fue sobrecogedor. Después de todo tenía que atacar a mi propio país, pero no hubo momentos de vacilación ni temor. Nosotros estamos preparados para cumplir cualquier orden. ¿La precisión? Se debe al entrenamiento constante que se hace sobre blancos de un tamaño menor que el Palacio de Gobierno, tambores de doscientos litros o elementos del porte de un tanque. En este caso, los rockets tienen un mayor grado de precisión que las bombas y fueron lanzados desde el río Mapocho, a unos ochocientos metros más o menos del blanco, a una altura de 500 metros y a una velocidad de 250 metros por segundo.

»¿Por qué se usaron sólo dos pilotos y dos aviones?

»Porque con eso era suficiente.

»¿Cómo se sintió anímicamente después del ataque aéreo?

»Bien. Satisfecho por la misión cumplida. Impresionado por lo que habíamos hecho. Pero en ningún caso arrepentidos ni mucho menos. Todos estábamos contentos.»

El relato del diario «El Mercurio» dice que, llamados por sus nombres claves, dos pilotos de la FACH fueron elegidos para el bombardeo. «La orden de la comandancia era inequívoca. Blanco: La Moneda», es decir, el Palacio de Gobierno. Agrega el periódico que «desde las ocho de la mañana los Hawker Hunter habían empezado a llegar al aeropuerto de Los Cerrillos (junto al cual está una base militar de la FACH), desde sus diversas bases en el país». En seguida, el periódico consulta detalles técnicos a los pilotos que demolieron el Palacio de su Gobierno constitucional:

«¿Qué es un rocket y cuántos lleva cada avión?»

»El día 11 de septiembre llevaba cada avión 18 rockets. El rocket es un proyectil autopropulsado, que va colocado en el ala del avión. El piloto puede seleccionar si lanzar los 18 cohetes juntos o si lo hace de a dos, de a cuatro, etc. Hay rockets penetrantes y explosivos. Para el ataque a La Moneda se usaron los dos tipos.

»¿Se podría decir que ésta fue una misión improvisada?

»Sí, si se considera que no se había efectuado en el terreno. Pero esto no se puede improvisar de un día para otro. Las unidades de combate están preparadas.

»¿Qué otra misión se realiza durante el ataque aéreo?

»Al disparar el rocket el avión filma, para que el piloto vea después el resultado de su misión.»

Nueve picadas hicieron los dos aviones de guerra entre las 11,56 y las 12,15 horas. Impactaron 18 rockets en el viejo edificio, construido hace doscientos años por un arquitecto italiano de apellido Toesca. Al terminar su trabajo de «ablandamiento final», como lo habían bautizado los jefes de «alfa uno», había una gran destrucción en el piso superior de la parte norte y en toda el ala oeste. Se declaró un enorme incendio en la parte noroeste. El humo y las llamas se veían desde varios kilómetros de distancia.

Entre las 12,15 y 12,20 horas, el general Javier Palacios esperó la señal de rendición. Inútilmente. Ordenó un ataque de demolición con los cañones de los tanques Sherman, por las calles Morandé y Moneda. Al mismo tiempo, desplegó las tropas de infantería de la Escuela de Infantería y del Regimiento Tacna, en tenazas detrás de los tanques, por la calle Teatinos. Un intenso fuego de fusiles ametralladores y los disparos de bazooka desde el interior de la Moneda les demostraron a los atacantes que no había ninguna intención de abandonar la lucha. El avance de los tanques del Regimiento Blindados Número 2 fue detenido por el general Palacios ante la imposibilidad de poder avanzar con la infantería bajo el intenso fuego proveniente de parte de los defensores. El general Palacios, a las 13 horas, preguntó al general Pinochet qué hacer, ya que era imposible avanzar con sus tropas y tomar La Moneda sin otro ataque aéreo. El general Pinochet ordenó el cese del fuego por un momento.

13,05 horas. El general Pinochet conversa con el vicealmirante Patricio Carvajal, en el puesto del Ministerio de Defensa y le dice que envíe a La Moneda a Osvaldo Puccio, secretario privado del presidente Allende, con una hoja en que estén escritas las condiciones de rendición incondicional. Pinochet pide a Carvajal que explique, en esa nota de petición de rendición, que «el Presidente tendrá su salvoconducto para irse del país con su familia y las personas que él quiera». Carvajal no escribe eso en la nota y ordena que Puccio salga hacia La Moneda con los términos de una rendición «incondicional» y con instrucciones de que «el Presidente debe entregarse al oficial al mando de las tro-

pas blindadas». (Hay que recordar que el plan «alfa uno», en su fase final, que conocía Carvajal pero no el general Pinochet, consistía en el traslado rápido de Allende al Regimiento Blindados Número 2, para poner en práctica el «suicidio» presidencial.» Al mismo tiempo, el vicealmirante Patricio Carvajal ordena que los otros dos «parlamentarios» enviados por Allende a las 11,30 horas, es decir, Fernando Flores y Daniel Vergara, sean tomados prisioneros y enviados a la Escuela Militar Bernardo O'Higgins, en el barrio alto (oriental) de la capital.

Oswaldo Puccio, a bordo de un jeep militar es llevado hacia La Moneda. Pero el intenso fuego desde La Moneda y desde el Ministerio de Obras Públicas (al frente de Palacio, por su lado oriental), detiene el paso del jeep.

13,10-horas. El general Javier Palacios ordena que de nuevo avancen los tanques Sherman, disparando sus cañones, y comunica a su infantería la orden de «ataque final» a La Moneda. Una cortina de balas de ametralladoras cubre los muros del palacio junto con las explosiones de los cañones de los tanques, permitiendo el avance de los infantes que, por fin, logran ponerse junto a los muros, a salvo de la respuesta de los defensores.

13,15 horas. Por los efectos de la cortina de fuego de ametralladoras y cañonazos sobre el blanco, cae muerto el periodista Augusto Olivares Becerra, defensor de Palacio, director de la Televisión Nacional y amigo personal de Allende.

Genaro Carnero Checa, presidente de la Asociación de Periodistas Peruanos, publicó en el diario «El Expreso», de Lima, el 11 de diciembre de 1973, una reconstrucción por medio de testigos directos salvados de la hecatombe, del último día de Augusto Olivares. Un extracto de su crónica es el siguiente:

«La última visión que tengo de Augusto Olivares es en el despacho presidencial de La Moneda, antes de que Allende me ordenara abandonarlo (me cuenta en La Habana Joan Garcés, uno de los más cercanos colaboradores del Presidente héroe). Estaba con una metralleta en las manos y le decía al Presidente: «Vamos a convertir La Moneda en un Alcázar de Toledo... pero al revés, antifascista».

»Otras personas, ya en Lima, me han descrito las últimas horas del combate de Augusto Olivares, así como el via crucis de Mireya para rescatar su cuerpo y conservar la huella profunda de sus pasos. Son fuentes insospechables, testigos excepcionales, que me han pedido silenciar sus nombres por razones obvias.

»Olivares se despidió telefónicamente de su mujer a las 6,45 del 11 de septiembre. «Las cosas marchan muy mal —le dijo—. En unos instantes más nos dirigimos a La Moneda. Un beso y mucha suerte.»

»Eran cerca de las dos de la tarde y Mireya no conocía sino rumores sobre la suerte de su esposo. Mientras tanto, el presidente Allende, metralleta en mano, combatía en Palacio, bombardeado por sus cuatro costados. Una gigantesca humareda podía verse desde los más apartados barrios de la capital. «Estoy segura de que Augusto está ahí —dijo Mireya a uno de nuestros testigos—. Le conozco lo suficiente. No abandonará a Salvador por nada, y si éste muere, morirá con él.»

»Los teléfonos de Palacio ya no funcionaban y Mireya esperó en vano una nueva llamada. Quien informó a Mireya de la muerte de Olivares fue el autor de este relato. Me lo dijeron periodistas amigos. Augusto había caído en la galería de los presidentes, segundo piso de La Moneda, en pleno fragor de la batalla, arma al brazo, y Allende había tenido la presencia de ánimo suficiente y dignidad revolucionaria para pedir un minuto de silencio por la muerte de su amigo.

»No podíamos, sin embargo, confirmar la noticia ni localizar el cadáver. Vino la noche en esa búsqueda terrible. Negaban su existencia en la Posta Central de la Asistencia Pública, en el Hospital Militar y en el Instituto Médico Legal. El subido número de cadáveres, nunca se había visto tantos, impedía cualquier identificación.

»Sólo en la madrugada, una llamada telefónica nos sacudió hasta las raíces confirmando la noticia. Era de un coronel del Ejército que notificó a Mireya la muerte de Augusto Olivares. Le indicó que aunque había toque de queda al día siguiente, tendría oportunidad de sepultar a su esposo. Dispondría para ello de no más de dos horas y tenía instrucciones de asegurar que el sepelio fuese en privado, lo que era casi una burla en medio del riguroso toque de queda. Se advirtió, además, que enviaría un vehículo militar, antes de las once de la mañana de ese día, miércoles 12, para «permitir la operación».

»El vehículo prometido no llegó. Pasado el mediodía, resolvimos recurrir a la buena voluntad de un compañero chófer del Canal 7 de Televisión, del que era director Olivares. Arriesgando su vida llegó hasta la casa. Carecía del pase indispensable para transitar por las calles, y en el trayecto hasta la Asistencia Pública, donde se encontraban los restos de Augusto, de-

tuvieron al vehículo muchas veces. El conocido rostro de Mireya, artista y animadora de televisión muy popular, permitió franquear las patrullas y las calles de Santiago completamente desiertas y envueltas en un silencio ominoso rubricado por disparos de francotiradores y el tableteo de las ametralladoras fascistas.

»Una vez en la Asistencia Pública, Mireya se entrevistó con el director y otros médicos, nerviosos, traumatizados, ante el increíble número de víctimas de la masacre. «Ya perdimos la cuenta de los cadáveres.» Había pánico en las funerarias y costó muchísimos esfuerzos conseguir que una de ellas (la Santa Lucía) accediera a vender un ataúd ¡en 78.000 escudos! Lo que resultó imposible fue encontrar un carro fúnebre. Al fin convencimos a un camillero de la Posta Central para que nos permitiese utilizar una ambulancia para trasladar el cuerpo de Augusto hasta el Instituto Médico Legal. Él fue quien rescató el cadáver de Olivares en La Moneda, llevándolo hasta la Asistencia Pública. Mireya ingresó sola y altiva a buscar los restos de su esposo al depósito de cadáveres. El féretro, dentro de la ambulancia, se condujo al Instituto Médico Legal. Ahí permanecemos hasta el día siguiente, porque los trabajadores del cementerio y del servicio de incineración estaban fuera de sus puestos. Augusto fue incinerado.»

Hasta aquí el relato de testigos, reconstruido por el periodista peruano Carnero Checa, de un trozo de esas dramáticas horas vividas por todo un pueblo.

Poco después de caer Augusto Olivares, ya a las 13.40 horas los soldados de la Escuela de Infantería logran penetrar en el primer piso del Palacio, por la puerta principal de la calle Moneda. Comienza allí una pequeña batalla infernal por mantener esa «cabeza de puente» en el primer piso del Palacio de Gobierno.

A las 13.52 funcionan por última vez los teléfonos, y el director de la agencia de noticias cubana Prensa Latina, Julio Timossi, desde sus oficinas en la capital, logra comunicarse con Jaime Barrios, director del Banco Central y asesor económico del presidente Allende, que estaba combatiendo junto a los demás la embestida de las tropas asaltantes. Barrios dice a Timossi: «Llegaremos hasta las últimas consecuencias. Aquí cerca, Allende está disparando con su metralleta. Esto es un infierno; el humo nos ahoga. Augusto Olivares murió. El Presidente envió hace un par de horas a Flores, Vergara y Puccio

para que parlamenten. Parece que el Presidente quiere garantías por escrito para las conquistas sociales de los trabajadores. No creo que renuncie».

Julio Timossi tenía material para un *lead* de su agencia noticiosa, pero no pudo conseguir detalles porque la comunicación telefónica se cortó, y desde ese minuto los teléfonos no funcionaron más en La Moneda.

Ocho minutos después de esta última conversación telefónica desde la sede gubernamental, a las 14 horas, los soldados de la Escuela de Infantería ya estaban ocupando la escalera principal de acceso hacia las oficinas de la Presidencia.

Seis o siete minutos más tarde, la patrulla de penetración de la Escuela de Infantería, encabezada por el capitán Roberto Garrido, rompe la resistencia civil en la escalera principal, irrumpen en el Salón Rojo de La Moneda, en el segundo piso. Allí se enfrenta con un grupo de cinco personas, dispara sobre ellas, se dan cuenta que han matado al presidente Allende, y en seguida son rechazados por un refuerzo civil que entra por un costado del Salón Rojo. Los soldados atacantes pierden el control de la escalera principal del edificio, pero mantienen sólidamente la ocupación todo el primer piso del Palacio de Gobierno.

Los defensores civiles vuelven al Salón Rojo. Entre ellos está el doctor Enrique Paris, psiquiatra, médico personal de Allende, que estaba combatiendo igual que los demás. Se inclina sobre el cadáver de Allende, que muestra los impactos de por lo menos seis balazos, a la altura del abdomen y del bajo vientre. Le toma el pulso. Señala que está muerto. Alguien, no se sabe de dónde, aparece con una bandera chilena. El propio Enrique Paris lo cubre con esa bandera. La batalla, entre el primero y el segundo piso continúa siendo furiosa. Los defensores del grupo del doctor Paris abandonan el Salón Rojo que, semi-destruido, comienza a quemarse por el techo. Separados en pequeños grupos de cuatro o cinco personas, los defensores del Gobierno constitucional siguen combatiendo, la mayoría sin saber que el presidente Allende ya estaba muerto.

Unos cuarenta minutos más tarde, alrededor de las 14.45 horas, los soldados vuelven a irrumpir en el Salón Rojo destruyendo la resistencia civil por la puerta principal de La Moneda, al mismo tiempo que penetran por la puerta lateral del número 80 de la calle Morandé. En ese instante, el general Palacios corre hacia el Salón Rojo, por el lado oriental norte de

la Casa de los Presidentes, retira la bandera ensangrentada que cubre el cadáver de Allende, y se comunica con su comandante en jefe para decirle: «Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente muerto».

Sesenta segundos después, más o menos, las radioemisoras, todas en poder de los generales insurrectos, anuncian la caída de La Moneda. Cuarenta minutos más tarde, mientras en el interior del Palacio los miembros del Servicio de Inteligencia preparaban el escenario para el «suicidio» de Allende, tras haber destrozado la cabeza del ex Presidente con un par de balas de su fusil ametrallador, colocando el cadáver en el sofá rojo del Salón de la Independencia, los generales insurrectos difundían por las radioemisoras el siguiente comunicado: «Al ocupar La Moneda se ha afianzado la autoridad impuesta en bien de la Patria por las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, hace nacer en este mes una nueva esperanza para la Patria y expresamos nuestra petición a la ciudadanía a que manifieste su adhesión a la chilenidad colocando el emblema patrio en el frente de sus casas. Esta liberación y ordenamiento de Chile no es sino una causa de alegría en este mes en que reviven en la fiesta de los hombres y las mujeres que con su sacrificio nos dieron nuestra independencia».

En La Moneda, había diez cadáveres de los civiles. De los 32 sobrevivientes, catorce estaban heridos. El general Palacios ordena que los heridos sean llevados a la Posta Central de la Asistencia Pública, bajo custodia militar. Al oír esta orden, Miriam Rupert, secretaria privada del presidente Allende, finge un desmayo. Es la única mujer en todo el grupo de defensores. Es integrada al grupo de «prisioneros a la Posta Central». En la Posta, donde reinaba una confusión enorme por el elevadísimo número de muertos y heridos, que superaban los mil quinientos a esa hora, Miriam Rupert se las arregla para escurrirse por un pasillo, vestirse con un delantal blanco como «doctora», subir a una ambulancia que sale a recoger heridos y escapar.

En el interior de La Moneda, el doctor Enrique Paris comete un grave error. Se deja llevar por la ira del momento, y desde el suelo, a donde está boca abajo con las piernas abiertas y las manos sobre la nuca como los demás prisioneros, grita: «¡Asesinos... Mataron al Presidente!» Los soldados lo apartan de los demás cautivos y lo llevan a la presencia del general Palacios. Allí lo identifican. Paris, enfurecido, grita que él vio como habían asesinado al Presidente. Palacios ordena que Paris

sea llevado al Ministerio de Defensa. En un jeep lo trasladan al edificio que está a menos de doscientos metros de La Moneda.

Cuatro días más tarde, el 15 de septiembre, el doctor Enrique Paris aparece hecho un guiñapo humano, balbuceante, en el Estadio Nacional, convertido en campo de concentración por los militares insurrectos. Tiene la mirada extraviada. Lo confinan a un sector de las tribunas techadas del Estadio Nacional, con sólo una veintena de otros presos. Se le oye decir repetidamente: «Soy el buey Quiñones... el buey...» y sus compañeros le escuchan sollozar. A media tarde de ese mismo día, el doctor Paris, o lo que quedaba de él, salta sobre las balastradas de la tribuna presidencial. Se luxa una pierna. Los soldados corren hacia él y le dan de culatazos en la cabeza. Docenas de culatazos. Sus compañeros ven esparcirse los sesos del cadáver de Enrique Paris sobre el suelo del Estadio Nacional.

Pero volvamos al 11 de septiembre, a las cuatro de la tarde, en el Palacio de La Moneda, o por lo menos a las ruinas del Palacio de La Moneda. A esa hora, ya estaba todo preparado para presentar al mundo el «suicidio» de Salvador Allende. La jefatura del espectáculo la había tomado el general Ernesto Baeza Michelsen, en comunicación directa con el general Javier Palacios y con los integrantes del Servicio de Inteligencia del Ejército. A las 16 horas del martes 11 de septiembre, Baeza estimó que el general Palacios ya no tenía nada que hacer en el espectáculo y lo relevó para que siguiera ocupando sólo de sus «deberes netamente militares». Es decir, de finalizar la ocupación de La Moneda, traslado de heridos, de prisioneros y recuento de bajas militares. Según testimonio no oficial, hubo ocho muertos y 43 heridos entre los militares, más un tanque Sherman dañado, pero no inutilizado. El parte oficial, sin embargo, dice «dos muertos y 17 heridos». No da cuenta de material dañado.

Pero no es eso lo importante para nuestro reportaje. Lo importante es que el general Baeza, al relevar de su papel en el «espectáculo suicidio» de Allende al general Palacios, cometió un error. Y lo cometió porque Palacios, después de las cuatro de la tarde, ya no conversó más con el general Baeza ni con nadie involucrado en la operación de montar la escena, las declaraciones de testigos y de «informes periciales», para tener un relato coherente del «suicidio». El general Palacios Ruhman, ese

día 11 de septiembre se retiró al cuartel general, trasladado a la Escuela Militar Bernardo O'Higgins, y en los días siguientes se dedicó a asumir su parte en la «limpieza del centro de Santiago», para después preparar la participación de los cadetes en el Quinto Festival Sudamericano de Cadetes en Colombia, Bogotá, que debía empezar el viernes 21 de septiembre.

En suma, Palacios se quedó sólo con el «esquema general» de la historia oficial del suicidio simulado de Allende, y no con todos los «detalles perfeccionados» de las horas y días siguientes.

Por eso, al hacer declaraciones muy completas del hecho en Bogotá, las cuales reproducimos en las páginas anteriores de este reportaje, entró en contradicciones serias con la «versión oficial» a cargo del general Ernesto Baeza Michelsen.

Algunas comparaciones

Si ustedes vuelven a leer las declaraciones del general Palacios en Bogotá el sábado 21 de diciembre, se encuentran con las siguientes cosas:

1) Afirma que NO HUBO RENDICION en La Moneda. Que sus tropas la ocuparon «dominando la resistencia» de combatientes que gritaban «el marxismo no se rinde».

2) El general Palacios encontró al doctor Guijón en el interior de Palacio presa de un ataque de nervios porque «temblaba y casi no podía hablar». Es decir, tal como ocurrió, y sirvió para que lo eligieran como «testigo» bajo amenaza de acusarlo de «asesinato del Presidente».

3) El general Palacios dice que el «suicida» estaba «con la metrallera en las manos».

4) Agrega Palacios que «ordené a mis hombres que no tocaran nada». Llegaron los peritos de las tres armas chilenas. Comprobaron el suicidio. Se tomaron fotografías.»

5) Y termina el testimonio del general Palacios así: «Había también en la habitación una botella de whisky. Pedí a los legistas que establecieran si el Presidente había bebido algo, la prueba fue negativa. Allende no bebió absolutamente nada».

Estas son, en síntesis, las cinco afirmaciones principales del general Javier Palacios Ruhman, testigo presencial, según informe oficial del sitio del suceso del «suicidio» de Salvador Allende. Estas cinco afirmaciones fueron hechas el sábado 22

de septiembre de 1973, en Bogotá, porque, según las mismas palabras del general Palacios, «desgraciadamente, el señor Allende se suicidó. Me duele tener que decir todo esto. Pero ante las falsas versiones y calumnias que se están propalando sobre la realidad política de Chile, no hay más camino que el de la verdad. Y ésta es la verdad». La «verdad» de los cinco puntos que ya vimos.

Pues bien, 48 horas antes, el jueves 20 de septiembre, en Santiago de Chile, a miles de kilómetros de distancia de Bogotá, el general Ernesto Baeza Michelsen, ya como director general de Investigaciones (policía civil) daba a conocer el «informe oficial» sobre la materia, el cual era **TOTALMENTE CONTRADICTORIO** con las cinco afirmaciones posteriores del general Palacios.

Vamos a ver:

1) El general Baeza Michelsen dijo que las tropas de Palacios entraron a La Moneda **DESPUES** que ésta se rindió. Es decir, ahora resulta que hubo **RENDICION**. ¿Por qué? la respuesta es simple: porque solamente si Allende se hubiera rendido, habría habido alguna justificación para el suicidio. Entonces, Baeza Michelsen decidió que la versión oficial tenía que contemplar «la rendición» de La Moneda. Pero esto no lo sabía el general Palacios, que fue el encargado de tomar el lugar y, como dijo, tuvo que «dominar la resistencia» de los defensores «que nos recibieron a balazos».

Para darle «seriedad» a la tesis de la rendición, el general Ernesto Baeza Michelsen leyó a los periodistas, el jueves 20 de septiembre, el «testimonio» del doctor Patricio Guijón Klein (el cual, en diciembre de 1973, fue dejado libre incondicionalmente por las autoridades militares. Por supuesto, el doctor Guijón no cometió el error del doctor Enrique Paris). Este es el «testimonio»: «El Presidente dijo «ríndanse», que «la Payita salga primero» (la secretaria privada Miriam Contreras de Rupert), «yo saldré al final». Se produjo el movimiento. El ordenamiento. Alguien proporcionó una escoba y yo me saqué el delantal blanco de médico, que teníamos puesto para identificarnos, y lo di para que sirviera como bandera blanca. En ese momento salió todo el grupo y yo quedé más o menos al final. Cuando íbamos bajando hacia la puerta de Morandé 80, con la intención de rendirnos, de acuerdo a lo ordenado por el propio Salvador Allende, recordé que había dejado mi máscara de gases y volví a buscarla. Y justamente cuando voy en busca de ella

pasé frente a la puerta de la habitación que había hacia el salón inmediatamente contiguo. Vi justamente frente a mí, en el lado derecho, sentado en un sofá, un sofá rojo, al presidente Allende en el preciso instante en que se disparaba con un arma colocada entre las piernas. Yo pude ver cómo el cuerpo se sacudía y el cráneo volaba hecho añicos. No pude precisar si fueron uno o dos disparos porque había un tenso tiroteo afuera que no me permitió reconocer los tiros del arma. Corrí inmediatamente hacia él para ver si podía prestar alguna ayuda, pero al llegar cerca de él me di cuenta que no había nada que hacer. El destrozo era tan grande que aseguraba una muerte inmediata. Desconcertado ante toda esta situación, ante este hecho, y sin hallar otra cosa que hacer, yo ya había perdido contacto con el grupo, no había nadie en el salón, no hallé otra cosa que sentarme al lado de él y esperar lo que pudiera acontecer.»

Esta es una especie de testimonio perfecto, que debe haber complacido mucho leer al general Ernesto Baeza Michelsen. Pero, además del hecho probado más allá de toda duda de que NO HUBO RENDICIÓN en La Moneda, quedan algunos puntos oscuros: si el doctor Guijón y los demás estaban bajando por la escalera y él se había desprendido de su delantal blanco «de identificación», es decir, un seguro de vida en momentos tan dramáticos, ¿para qué volvió a buscar la máscara de gases?, ¿de qué le podría servir ahora, rendido? ¿No era mucho más útil su uniforme de médico, delantal blanco, y sin embargo se desprendió de él? ¿No aseguraba su vida caminando con el grupo rendido y no desprendiéndose de él? Y más todavía: si él, como médico cirujano experto, ve que un hombre se vuela «el cráneo hecho añicos», ¿por qué corre a tomarle el pulso, y no hace, como cualquier otra persona, lo elemental, que es correr hacia el grupo de personas rendidas buscando ayuda? Y, por último, si se da cuenta de que Allende se ha suicidado y está en un salón a unas docenas de pasos de la escalera que baja a Morandé 80, ¿por qué no camina esa docena de pasos, a la carrera, y grita que el presidente se había suicidado?

No, el doctor Guijón hace todo lo que le conviene al general Baeza para «demostrar» el «suicidio» de Allende. Y el doctor Guijón hace eso y no lo normal en una situación tan dramática. El doctor Guijón «escucha» que Allende da orden de rendirse. El doctor Guijón, en actitud «heroica», se despoja de su seguro de vida, el delantal blanco, para ponerlo en un palo de

escoba como bandera de rendición. El doctor Guijón regresa sobre sus pasos para buscar una inútil máscara de gases y servir de «testigo ocular» al supuesto suicidio. Y lo peor: el doctor Guijón no grita, no chilla, no corre a avisar la terrible noticia a la hilera de rendidos... No, se queda allí, a solas con el supuesto cadáver, para esperar la llegada del general Palacios y sus hombres, para servir de testigo. Arriesga una vez más el cuello de manera inexplicable. Y mucho más inexplicable si se sabe, como se supo más tarde, que era médico cirujano de Allende no por amistad con el Presidente, ni siquiera «por orden del Partido», ya que no pertenecía a ninguno, sino que «acepté el cargo, puesto que para uno, como médico, es un gran espaldarazo que un colega le solicite que sea el médico de un paciente de esa categoría».

Como se ve, el general Baeza se consiguió un testigo muy bueno, sin fallas, haciendo todo lo que tenía que hacer, como si supiera que iba a servir de testigo para caso tan importante. Y lo mejor es que su declaración lo hace aparecer como un hombre «frío, tranquilo».

Veamos ahora el segundo punto de contradicción entre el general Ernesto Baeza y el general Javier Palacios:

2) El general Palacios dice que encontró al doctor Guijón «al lado suyo o en un rincón» (no se acuerda bien el general, que tan buena memoria tiene para los detalles, como al decir «me acerqué al cadáver. El Presidente estaba sentado en la mitad del sofá tapizado de rojo, con la metralleta en las manos. El casco y la máscara de gases a un lado, los anteojos en el suelo. La cara estaba hinchada y la cabeza partida en dos, como una sandía»). Pero no se acuerda donde estaba el doctor Guijón. Era la duda, en Bogotá, sobre qué diablos habría hecho su general Baeza con el doctor Guijón, cómo saber en Bogotá dónde había puesto Baeza, en Santiago, al «testigo clave», si al lado del cadáver, en el sofá o en un rincón de una pieza, tal como realmente lo encontraron los soldados, presa de un ataque de histeria por el combate feroz que se desarrollaba en el Palacio, que **NO SE HABÍA RENDIDO**.

Pero sigamos con este punto dos. Palacios dice que Guijón «temblaba y casi no podía hablar», y aquí un agregado literario del general Palacios: «Me dijo: “Es el Presidente. Es el Presidente”». Pero el general Baeza dijo otra cosa. Recordemos que el general Baeza necesitaba un testigo «intelectualmente apto» para su historia. El general Baeza dijo que «el doc-

tor Guijón estaba junto al cadáver del Presidente, y cuando entró el general Palacios se identificó como médico personal del señor Allende y dio cuenta de los hechos».

Y para poner en nuevos aprietos la coherencia de la historia, el general Baeza cita de la declaración de Guijón esta frase: «Yo estaba sentado inmediatamente contiguo al Presidente» cuando entró «el general». Y ocurre que «el general» (Palacios), dice en Bogotá, el 22 de septiembre, que no se acuerda si Guijón estaba «al lado suyo o en un rincón».

3) Este punto es importante. De enorme importancia. Como vimos al examinar el informe pericial de la Brigada de Homicidios, resulta policialmente grotesco afirmar que un hombre que se suicida sentado, en una posición inestable, con un fusil ametrallador sujeto entre sus rodillas, quede muerto, sentado y ¡con el fusil ametrallador sobre sus rodillas! Bueno, ocurre que el informe pericial de la Brigada de Homicidios lo señala así, con todas sus letras. ¿Cómo reparar ese error? El general Baeza planificó una manera, en la cual, una vez más, debía intervenir el «testigo» salvador de circunstancias difíciles. Baeza ordenó a Guijón decir que él le había dado un manotazo al arma suicida, para alejarla de sí y evitar que los soldados creyeran que era un combatiente, y que, después, el general Palacios, en un «exceso de celo» para «no mover nada de la escena del suicidio», le había ordenado que la pusiera sobre las rodillas del cadáver de Allende y que, los policías civiles al «describir» la escena, habían hecho sólo eso, «describir» lo que vieron. Por ello el arma reposaba sobre las rodillas del cadáver porque Palacios ordenó a Guijón que la pusiera allí.

El jueves 20 de septiembre, Baeza Michelsen leyó esa parte de la declaración del doctor Guijón, el cual la ha repetido a los periodistas en entrevistas concedidas desde diciembre pasado, cuando salió libre incondicionalmente. El testimonio es el siguiente:

«En un momento dado retiré el arma porque yo estaba sentado inmediatamente contiguo al Presidente y entre los dos había muy poco espacio, entre el cadáver y yo, y el arma quedaba demasiado cerca. Entonces yo pensé que si en un momento dado entraban tropas podían ver que yo quisiera defenderme. Entonces decidí quitar el arma y colocarla en el extremo opuesto del sofá **POSTERIORMENTE ESTO LO HICE VER AL GENERAL QUE ENTRÓ, QUIEN ME HIZO RESTITUIR EL ARMA A SU LUGAR.**».

Claro, la declaración es muy buena, pero ocurre que el general Palacios, en Bogotá, 48 horas después, decía esto otro:

«Me acerqué al cadáver. El Presidente estaba sentado en la mitad del sofá tapizado de rojo, CON LA METRALLETA EN LAS MANOS. EL CASCO Y LA MASCARA DE GAS A UN LADO, LOS ANTEOJOS EN EL SUELO. La cara estaba hinchada y la cabeza partida en dos, como una sandía».

La contradicción entre los dos testimonios es tan grande, tan brutal, que no necesita ningún comentario. Solamente reiterar que el general Palacios tenía justificación al cometer tan tremendo error en sus declaraciones: él simplemente estaba contando cómo habían dejado el cadáver de Allende los «expertos» del SIM, que construyeron la escena del «suicidio» con dos equivocaciones serias: dejar sentado el cadáver, y poner sobre sus rodillas la supuesta arma utilizada por el suicida.

4) Para completar el cuadro de «decir la verdad, nada más que la verdad», el general Palacios contó el 21 de septiembre en Bogotá que «ordené a mis hombres que no tocan nada». «Llegaron los peritos de las tres armas chilenas. Comprobaron el suicidio. Se tomaron fotografías.»

Esto es sólo parte de la verdad. Palacios, efectivamente ordenó a sus hombres que «no tocan nada»... ¡pero en el Salón Rojo de la Moneda, en el cual, ardiendo, estaba el cadáver del presidente Allende después de ser asesinado por la patrulla de penetración de la Escuela de Infantería, minutos después de las dos de la tarde! El traslado del cadáver de Allende al Salón Independencia, a salvo del fuego del incendio provocado por los bombardeos, se hizo después de las tres de la tarde, y en esa tarea ya no tomaron parte los «hombres» del general Palacios, sino los miembros del equipo del Servicio de Inteligencia enviados por el general Baeza Michelsen para preparar la escena del «suicidio». Palacios recibió instrucciones desde Peñalolén, de parte del general Augusto Pinochet, para dejar entrar al recinto a los «jefes del servicio de sanidad de las tres armas y de Carabineros. Pero esos jefes NO CONCURRIERON a La Moneda. Eso, por supuesto, Palacios no lo supo, porque a partir de las cuatro de la tarde, más o menos, se desentendió de la trama para dedicarse a la «ocultación militar definitiva del recinto».

Entonces, lo que realmente ocurrió, fue tal como lo cuenta el general Ernesto Baeza Michelsen —desmintiendo, sin saberlo, al general Palacios— el jueves 20 de septiembre:

«Al constatarse la muerte del ex presidente Allende, el Mando Militar ordenó la concurrencia de detectives y peritos de la Brigada de Homicidios al Palacio de la Moneda, manteniendo en el mismo escenario de los hechos al doctor Patricio Guijón Klein, que aparecía como sospechoso integrante del GAP y posible autor del asesinato del Primer Mandatario». Estos policías fueron los que tomaron «setenta fotografías» del sitio del suceso.

En suma, Palacios dice que «llegaron peritos de las tres armas chilenas». El general Baeza dice que no, que fueron «peritos de la Brigada de Homicidios». Palacios dice que los «militares» tomaron las fotografías del sitio del suceso. El general Baeza dice que no, que fueron los expertos de la Brigada de Homicidios.

Y como un agregado lírico a esta suma de contradicciones infantiles, una frase del informe médico del cadáver de Allende, puesta ahí para «evitar dudas» respecto al «suicidio»: «Los análisis de la piel de las manos y barbilla demuestran la existencia de pólvora, provocada por el uso de arma de fuego».

Esto, en un suicidio simple, es prueba concluyente. La muestra de pólvora en las manos del suicida, demuestra que utilizó el arma suicida, pero ¿qué demuestra en el caso de Salvador Allende, que había estado combatiendo durante cuatro horas y media, desde las nueve y media hasta las dos de la tarde cuando fue acribillado por la patrulla de la Escuela de Infantería? Por supuesto que nada, porque después de cuatro horas y media de disparar contra las tropas invasoras, no sólo las manos de Allende, sino su rostro, sus ropas, todo él estaba cubierto de residuos de pólvora. Eso es concluyente.

5) El 22 de septiembre, el general Palacios fue concluyente al decir: «Había también en la habitación una botella de whisky. Pedí a los legistas que establecieran si el Presidente había bebido algo. La prueba fue negativa. Allende no bebió absolutamente nada.» Se presume que Palacios hizo esta afirmación después de haber hablado, en la noche del 11 de septiembre, en el Hospital Militar, con alguno de los médicos que hicieron la autopsia del cadáver de Allende.

Sin embargo, esta realidad, para la trama de Ernesto Baeza Michelsen no servía. Para un «suicidio» bueno de Allende, Baeza Michelsen necesitaba un «presidente borracho», lo cual, al mismo tiempo, servía para el intento de desprestigio personal, en el que estaban empeñados los generales. Entonces el director

general de la trama hizo poner en el informe médico final lo siguiente: «El cuerpo de Allende presentaba un noventa por ciento de alcoholemia.»

Una rectificación

Al regresar a Chile, el general Javier Palacios se encontró con la novedad de que sus tropas habían tomado «un Palacio de Gobierno rendido». Entonces, modificó sus declaraciones de Bogotá, y en la primera semana de octubre de 1973, ante los periodistas demócratacristianos y de derecha, los únicos sobrevivientes del periodismo chileno después del manotazo dado por los generales insurrectos a la prensa de izquierda, el general modificó su versión de la toma de La Moneda:

«En el momento de entrar por Morandé 80 se veía izada una bandera blanca en un palo, la que posteriormente resultó ser el delantal blanco de un médico y que fue puesto por la propia Payita, por orden del señor Allende. En esos instantes salían del edificio un número aproximado de 30 civiles, todos ellos miembros de la guardia personal (GAP), y muchos médicos que se rindieron ante nuestras fuerzas. Al subir al segundo piso de La Moneda, ésta ya estaba transformada en un infierno por efectos del fuego. Paralelamente recibíamos disparos sorpresivos de tiradores emboscados en algunas oficinas.»

Es decir, un gran cambio de una declaración a otra: en la primera no hay «bandera blanca» por ninguna parte, y sí existe «una resistencia» un «recibimiento a balazos»; tampoco hay «civiles» que salían rendidos en la primera declaración. Sólo hay combate violento, con defensores que gritan «el marxismo no se rinde».

En la segunda declaración, las cosas cambian: los civiles bajan rendidos, hay bandera blanca y algunos «disparos sorpresivos» de «tiradores emboscados». Quedaba claro que esta declaración fue hecha después de una larga conversación con el general Ernesto Baeza Michelsen.

Sin embargo, los porfiados hechos siguieron evidenciando al general Palacios en su segunda declaración «rectificada». Al contar su desplazamiento dentro de La Moneda, en orden cronológico, queda claro que corrió hacia el Salón Rojo. Es decir, no revisó primero los salones en buen estado, donde podría haber presuntos tiradores «emboscados» (entre esos salones estaba

el Independencia, donde se afirmaría más tarde que Allende se habría suicidado), y en cambio, corre al Salón Rojo, que está incendiándose, y al despacho presidencial, que también se incendia. ¿Por qué? Claro, nadie le preguntó eso al general Palacios en su entrevista de prensa, ni él habría respondido a esa pregunta. Y no lo habría hecho, porque el general Palacios corrió hacia el Salón Rojo para buscar el cadáver de Allende, que él sabía estaba en esas dependencias, según el relato del capitán Garrido, que le señaló cómo y dónde había ametrallado al ex Presidente de la República pocos minutos después de las 14 horas.

Dijo Palacios: «Mi impresión más profunda y fuerte fue ver incendiarse y destruirse el Salón Rojo y el gabinete presidencial, del cual solamente alcanzamos a salvar la espada de O'Higgins»... y el cadáver de Salvador Allende, debería haber agregado el general.

En seguida, la declaración «rectificada» del jefe de las fuerzas de asalto y ocupación del Palacio de Gobierno de Chile, pone sus palabras de manera más coherente con las del testigo fabricado por Baeza Michelsen, y rehuye los elementos principales de contradicción que ya vimos en los puntos 2 y 3 de nuestro examen anterior.

Relata Palacios, en octubre:

«Al continuar nuestro avance en el interior de La Moneda y abrir las puertas que daban acceso al Salón de la Independencia (salón privado del Presidente), nos encontramos con el espectáculo del señor Allende muerto, sentado en un sofá, por los efectos de dos tiros que él mismo se había disparado, colocándose la metralleta —regalo de Fidel Castro— bajo la barbilla, lo que le produjo una muerte instantánea. Al entrar en dicha sala, encontramos a un hombre joven, que al ser interrogado dijo ser el doctor Guijón, que atendía los servicios médicos de la presidencia. Sintió los disparos hechos por el señor Allende en los momentos en que abandonaba la sala, y volvió, pudiendo comprobar que después de haberles ordenado que se rindieran y abandonaran La Moneda, se quedó atrás, para suicidarse.»

Claro, al parecer, el general Palacios demostró ser un poco torpe para aprenderse declaraciones sobre sucesos que no ocurrieron, y su versión de lo que le dijo Guijón (de acuerdo al libretto del «suicidio para armar» que montó el general Baeza) no es muy exacta, e incluso contradictoria, pero en grado menor. Lo principal es que ahora desaparece el Guijón «tembloroso

y balbuceante» que describió Palacios en Bogotá, y entra en escena un Guijón aplomado, dueño de sí mismo, que se identifica y relata claramente las cosas. Es decir, esta pieza del armado encaja mejor en el «suicidio» preparado por Baeza Michelsen.

Sin embargo, una vez más, el general Palacios se deja llevar por las impresiones reales y agrega sin necesidad: «Debo confesar que no reconocí a Allende, por la forma pobremente vestida en que se encontraba y por las características del suicidio, que prácticamente le partió en dos la cabeza. Tenía las manos llenas de pólvora, producto del uso de las armas que había estado haciendo al disparar personalmente desde las ventanas de La Moneda en contra de la tropa que lo atacaba.»

Aclaremos un poco. ¿Qué cadáver no reconoció Palacios porque estaba «pobremente vestido»? ¿Se refiere al cadáver del Allende asesinado en el Salón Rojo por la patrulla de infantería a las dos de la tarde? ¿O se refiere al cadáver del Allende «suicidado» en el Salón Independencia, por personal del SIM, a las tres y cuarto de la tarde?

Si se refiere al cadáver del Allende asesinado por los soldados en el Salón Rojo, la impresión de Palacios es correcta, porque Allende vestía solamente una chomba de cuello subido y pantalones azules, arrugados, ahumados, manchados y sucios tras de cuatro horas de combate; y la chomba perforada por una media docena de balazos en la región abdominal. Ese cadáver correspondía a un «no reconocí a Allende, por la forma pobremente vestida en que se encontraba.»

Pero si Palacios quería decir con eso que no reconoció al cadáver del Allende que los miembros del SIM pusieron más tarde en el Salón Independencia para simular un suicidio, entonces, está equivocado, y está planteando una duda tremenda sobre sus palabras, o sobre su equilibrio mental.

Ocurre que según el informe pericial de la Brigada de Homicidios, el cadáver del «suicida» Allende estaba vestido de la siguiente manera: «Una chaqueta de *tweed* color gris, abotonada en el botón inferior, de dos que tiene la prenda; pullover gris con figuras geométricas parduscas y de cuello subido, camisa sport blanca, pantalones marengo, calzoncillos blancos, zapatos negros Y PAÑUELO DE SEDA AZUL CON LUNARES ROJOS EN EL BOLSILLO SUPERIOR IZQUIERDO.»

Es decir, un cadáver con chaqueta de *tweed*, correctamente abotonada y pañuelo de seda, azul y rojo, en el bolsillo superior izquierdo, pantalones marengo y zapatos negros. Eso no era pre-

cisamente un «cadáver pobremente vestido». El otro sí, el del Allende asesinado realmente por los soldados atacantes estaba pobremente vestido. La realidad y el mito se le cruzaron al general Palacios y en su declaración mezcló verdad y mentira: la verdad de que no reconoció el cadáver de Allende **ASESINADO EN EL SALÓN ROJO**, y la mentira que se refería al cadáver de Allende puesto posteriormente en el Salón Independencia para armar el «suicidio».

¿Qué hacemos con la noticia?

Como hemos visto en este reportaje, hubo serias divergencias de criterio para construir el suicidio de Allende, entre el general Ernesto Baeza Michelsen y el general Augusto Pinochet. El primero armó el espectáculo tratando de basar todo su «argumento» en la policía civil, mientras el segundo quiso que se hiciera apoyándose sólo en los organismos médicos y de Inteligencia de las Fuerzas Armadas.

Esto provocó serias divergencias, hasta el punto que el miércoles 12 de septiembre, en la tarde, el general Ernesto Baeza Michelsen, a gritos, delante de funcionarios civiles de la policía de investigaciones, ofreció su renuncia al general Pinochet, gritando: «¡Esto nos pasa por trabajar con pijecitos hijos de puta!» El general Baeza se refería a Federico Willoughby MacDonald, secretario de prensa de la Junta Militar, el cual había redactado un comunicado sobre «el suicidio» de Allende, que fue repartido a la prensa a las 14,30 horas del miércoles 12 de septiembre.

El comunicado de prensa había causado la ira de Baeza Michelsen porque contenía inexactitudes y errores, que más tarde podrían provocar problemas, sobre todo porque aparecía como «comunicado oficial de la Junta Militar de Gobierno».

La versión que daban los generales sublevados, veinticuatro horas después de la muerte de Allende, era la siguiente, según transmisión por la radio oficial:

«La Junta Militar de Gobierno de Chile anunció oficialmente que el ex presidente Salvador Allende se suicidó y que su cadáver fue inhumado este mediodía. El comunicado señala que:

1) A las 13.09 horas de ayer martes, Salvador Allende ofreció rendirse incondicionalmente a las fuerzas militares.

2) Para ese efecto se dispuso de inmediato el envío de una patrulla cuya llegada a Palacio de la Moneda se vio retrasada

por la acción artera de francotiradores apostados especialmente en el Ministerio de Obras Públicas que pretendieron interceptarla.

3) Al ingresar esta patrulla en La Moneda, encontró en sus dependencias el cadáver del señor Allende.

4) Trasladado al Hospital Militar, una comisión médica integrada por los jefes de los Servicios de Sanidad de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, junto a un médico legista, constataron su deceso y dictaminaron el suicidio.»

La furia del general Baeza era bastante justificada, porque según ese comunicado oficial de la Junta Militar de Gobierno, la «batalla de La Moneda» había terminado poco después de las 13 horas, mientras que era público y notorio, y además sancionado por un comunicado del Ministerio de Defensa del día anterior, 11 de septiembre, que «el Palacio de La Moneda ha caído en manos de las fuerzas militares a las 14.50 horas».

Al mismo tiempo, este comunicado colocaba el «suicidio» de Allende pocos minutos después de las 13 horas, mientras que en el anochecer del día 11 de septiembre, el prefecto de Investigaciones de Santiago, René Carrasco, había declarado a los corresponsales extranjeros de la Agence France Presse, United Press International y Associated Press, que «el personal de la Brigada especializada en estos servicios, comprobó la muerte del derrocado Mandatario, la cual se produjo aproximadamente entre las 13.30 y 14 horas de hoy».

Por último, el comunicado oficial señalaba que el cadáver de Allende había sido trasladado al Hospital Militar para ser examinado por los equipos de las Fuerzas Armadas, lo cual también era falso, ya que ese traslado se hizo cerca de las siete de la tarde, DESPUÉS que la Brigada de Homicidios cumplió el papel que el comunicado señalaba a «los jefes de los Servicios de Sanidad de las Fuerzas Armadas y de Carabineros».

El general Ernesto Baeza Michelsen hizo saber al Comando Conjunto que «ese tipo de declaraciones nos ponen en ridículo» y hace recaer «sobre nosotros» precisamente las sospechas que queremos evitar. ¡Las «sospechas» de que Salvador Allende había sido asesinado por los militares insurrectos!

Además, el general Baeza, en la tarde del día 12 de septiembre, tenía otro motivo grave de preocupación. Ocurre que los grupos armados civiles que participaban en el golpe de Estado, agrupados bajo el nombre genérico de Unidades Independientes por el Comando Operacional Conjunto Militar de Peñalolén, ha-

bía puesto en el aire, sin autorización de los generales insurrectos, una radio de onda corta, la cual, a las cuatro de la tarde del día 11 de septiembre había transmitido la noticia de la muerte del presidente Allende, con un texto aproximado a éste: «Atención Chile. Atención a todo el mundo. Aquí Santiago Treinta y Tres. Este es Chile Libre. Allende ya es un cadáver. El capitán Roberto Garrido nos ha liberado de las garras del marxismo. Aquí transmite la Asociación de Chilenos Libres. Éste es Chile Libre. Allende ha sido ajusticiado por nuestros soldados gloriosos.»

El general Baeza, al conocer esta transmisión, en la noche del día 11 de septiembre, ordenó investigar el sitio en donde estaba esa radio clandestina de las Unidades Independientes, y se encontró con la sorpresa de que la emisión había salido del Ministerio de Defensa, y que, además, sus superiores inmediatos le sugerían que no siguiera investigando.

Por último, el general Baeza sólo tenía un motivo de satisfacción: el haber logrado que la noticia del «suicidio» fabricado de Salvador Allende se demorara veinticuatro horas, para ultimar detalles, perfeccionar declaraciones e impedir que grupos de civiles trataran de arrebatar el cadáver del ex Presidente a las Fuerzas Armadas, descubriendo los innumerables impactos que tenía en el cuerpo.

Su satisfacción era la de un hombre que había fabricado un suicidio muy importante, incluso consiguiéndose un testigo ocular insospechable, ya que era médico y civil. También había logrado apresurar el montaje del suicidio en el Salón Independencia de La Moneda, de tal modo que cerca de las seis y media de la tarde del día 11 de septiembre, pudo permitir que un periodista del diario «El Mercurio» entrara al escenario del espectáculo: era el jefe de fotografía del periódico más importante de Chile, Juan Enrique Lira, quien escribió: «Alumbrado por focos de los bomberos, el presidente Allende aparecía recostado sobre un sofá de felpa, con la cabeza totalmente destrozada; tenía una ametralladora hacia un lado. En ese momento pensé que se había disparado una ráfaga de más de dos balas por el estado que presentaba la cabeza del Presidente, posteriormente solamente se encontraron dos vainillas vacías.»

Los jefes militares permitieron que Lira y otros periodistas del canal de la Universidad Católica, permanecieran cerca de un cuarto de hora en el lugar.

La situación merece el comentario que el escritor chileno Fer-

nando Alegría, profesor en la Stanford University (Estados Unidos), hizo en el número de diciembre de 1973 de la revista «Ramparts»:

«La Junta publicó un comunicado que apareció en los periódicos. Ellos dicen que Allende se suicidó y agregan que había copiosa cantidad de huellas de pólvora en sus manos, lo cual sugiere, de acuerdo con el mismo comunicado, que el Presidente estuvo disparando por largo tiempo. Conociendo a Allende como yo lo conocí, sin embargo, estoy convencido de que él murió luchando, con una ametralladora en sus manos. Él estaba resuelto a seguir combatiendo en La Moneda. Si la Junta está utilizando la palabra «suicidio» metafóricamente para describir el hecho de que Allende estaba solo frente a todo un ejército, entonces puedo aceptar el comunicado oficial, aun cuando estimo que su uso de las metáforas es deplorable.»

1. Desde la firma del tratado de Ayuda Mutua con las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, la influencia sobre los institutos militares chilenos fue creciente. Desde comienzos de la década de los 60, periodistas y partidos políticos de izquierda denunciaron estos hechos, haciéndose notable la campaña a partir de 1968, en que revistas como «Causa ML» (números 2 y 3 de ese año; y 7 y 10 de 1969) dieron a conocer copias fotostáticas de los textos utilizados en las diversas escuelas militares chilenas, que eran simples traducciones de los textos utilizados por el Ejército de EE.UU. Durante 1970 y 1971, la revista «Punto Final» denunció programas de cursos de anticomunismo en la Escuela Militar Bernardo O'Higgins y en la Academia Naval de Playa Ancha, en Valparaíso. En 1972, los diarios «El Pueblo» y «El Rebelde», ambos de Santiago, denunciaron la presencia de miembros de la Misión Militar Norteamericana como «profesores invitados» de año completo en esas mismas academias militares. Esto, por supuesto, no es extraño a la *filosofía* del Pacto de Ayuda Militar (PAM). Las mismas fuentes anteriores citaban los siguientes hechos:

«En 1963, el Departamento de Defensa de los EE.UU. explicó en un documento al Congreso de su país, la filosofía del Pacto de Ayuda Militar en su relación con los Ejércitos latinoamericanos: El PAM también contribuye a los objetivos políticos de los Estados Unidos a través de sus programas de entrenamiento que traen a este país muchos líderes militares extranjeros... pues no sólo sirve para mejorar la capacidad técnica del personal militar, sino también para exponerlos a los *requerimientos de un responsable liderazgo militar en una sociedad contemporánea*.»

«El 3 de junio de 1969, el secretario de Defensa yanqui, Melvin R. Laird, dijo ante el Congreso de su país: "...aseguro que el PAM hará cuanto pueda para asegurar que todo dólar invertido en ayuda donada tendrá su más efectivo uso en apoyo de la política y la seguridad de los Estados Unidos".»

«En 1963, el secretario de Defensa, Robert McNamara, dijo ante el Senado norteamericano: "La asistencia militar y la económica están frecuentemente unidas en apoyo a los objetivos de los Estados Unidos, con Fuerzas Armadas nativas provistas por el programa de asistencia militar con instructores avezados y la Agencia para el Desarrollo Internacional aportando los elementos materiales... lo cual disminuye la vulnerabilidad de la población nativa hacia las lisonjas y amenazas de los agentes comunistas, comprometidos en el fomento de la insurrección".»

«En el año 1964, ante la misma Cámara de Representantes, el general Robert J. Wood, que era director de Asistencia Militar del Departamento de Defensa, dijo: "Hay en ejecución un Programa de Seguridad para la Alianza para el Progreso... que tiene como objetivo fundamental un liderazgo militar latinoamericano".»

Para profundizar este tema, ver *Estados Unidos y el nuevo equilibrio en América Latina*, de James Petras, «Revista de Estudios Internacionales», Santiago Chile, enero-marzo de 1969 pp. 490 y 518.

2. Las palabras entre comillas son una reconstrucción aproximada de lo dicho por los oficiales norteamericanos asesores de la conspiración que desembocó en septiembre de 1973, y se hace en base a los discursos, arengas y reuniones en buques de la Armada y centros militares hechas por oficiales golpistas a partir de mayo de 1973. Como se denunció en los primeros diez días de septiembre, en los diarios «Puro Chile», «Ultima Hora» y revista «Chile Hoy», los oficiales golpistas que aren-

gaban desembozadamente a los marinos y aviadores principalmente, y que afirmaban su posición en que «los americanos nos apoyan y nos han dicho tal y tal cosa», son los siguientes: coronel Juan Soler Manfredini, director de la Escuela de Especialidades de la Fuerza Aérea; coronel Carlos Ottone Mestre, director de la Escuela de Aviación Capitán Avalos; el teniente segundo Jaime Olavarrieta, de la Escuela de Grumetes en Isla Quiriquina; el teniente Julio Meneses, del Hospital Naval de Valparaíso; el capitán de fragata Alberto Vázquez, comandante de la Base Aeronaval de El Bolloto; el capitán de fragata Martiniano Parra, de la Base Naval de Talcahuano; comandante César Guevara Fuentes, del Grupo 7 El Bosque, de la Fuerza Aérea en Santiago, y su segundo comandante Ivan Doren, así como sus ayudantes el teniente Ernesto González y cabo Florencio Gálvez. Uno de los oficiales que más facilidad de palabra tenía en los últimos meses antes del golpe para señalar que «los americanos nos apoyan y nos dan asesoría técnica en todo», y contar detalles de las reuniones con los representantes del ejército de EE.UU. a partir de noviembre de 1972 para planificar el derrocamiento de Salvador Allende, era el coronel de aviación Ramón Gallegos Alonso, que fuera jefe de relaciones públicas de la Fuerza Aérea de Chile hasta agosto de 1973, y brazo derecho de la conspiración del ex comandante en jefe César Ruiz Danyau en la segunda quincena de ese mismo mes, junto con los oficiales Juan Pablo Rojas, Guillermo Navarro Vicencio, Raúl Vargas y Antonio Quirós, en Santiago. En Antofagasta, norte de Chilé, el comandante de escuadrilla Juan Cvitanic, jefe de relaciones públicas de la Base de Cerro Moreno, era otro de los que contaban a sus amigos y trataba de hacer propaganda al golpe relatando detalles «del apoyo americano». También el comandante de grupo de Antofagasta, Patricio Araya Ugalde, a quien llamaban «el otro yo del general Ruiz Danyau». En el Grupo 10 de Los Cerrillos estaban Germán Fuchslocher y Carlos Álvarez, y en el Grupo 2 de Quintero (cerca de Santiago), el comandante de grupo Pablo Saldías Maripangue.

La gran mayoría de la información sobre las reuniones de oficiales chilenos con oficiales norteamericanos, a partir de noviembre de 1972, provienen de este tipo de infidencias, cuando, al parecer, los conspiradores se encontraban absolutamente seguros de que nada podría detener su maquinaria golpista. Por supuesto, hay otros tipos de fuentes también para conocer lo que pasaba en el interior del grupo conspirativo, realmente muy numeroso. Pero esas fuentes, por ahora, no se pueden citar, porque pondría en peligro las vidas de muchos chilenos, tanto civiles como militares, que siguen dentro de Chile en la fecha de publicación de este libro.

3. En estas elecciones parlamentarias, la Unidad Popular sacó casi el 44 % de la votación, lo cual, para el sistema político chileno era un verdadero triunfo, ya que ningún Gobierno chileno elegido democráticamente había logrado subir su porcentaje de votación con respecto al sacado al momento de su elección presidencial. Un caso ilustrativo era el de Eduardo Frei: fue elegido en 1964 con el 56,0 % de los votos; en 1965, para las elecciones parlamentarias, ese porcentaje bajó a 42,3 %; tres años más tarde, su Gobierno sacó en las elecciones municipales de 1967 el 35,58 %; y en las parlamentarias de 1969, el 21,8 %. Para el sistema pluralista democrático existente en Chile hasta el 11 de septiembre de 1973, esta minoría relativa no era señal de ilegitimidad, sino simplemente de medida de apoyo o rechazo político a una gestión constitucional. Del mismo modo, en las elecciones presidenciales de 1958, el candidato triunfante, Jorge Alessandri Rodríguez sacó sólo el 31,2 %; pero era mayor cantidad que el segundo, Salvador Allende, con 28,5 %; el tercero, Eduardo Frei, con 20,5 %; y el cuarto, el radical Luis Bossay, con 15,4 %. Sin embargo, nadie cuestionó la legitimidad de la presidencia de Jorge Alessandri.

En cambio, el Gobierno de la Unidad Popular había hecho un camino al revés: de 36 % de los votos en 1970 había llegado al 44 % en 1973, lo cual mejoraba su posición relativa en el sistema pluralista democrático. Sin embargo, los conspiradores daban como «prueba» de la ilegitimidad del Gobierno de Allende que «sólo representaba a una minoría del 36 %», lo cual es un argumento falaz en el sistema político de Chile.

4. La versión de lo que ocurrió en esta reunión se conoció por boca del propio presidente Allende, quien habló con un grupo reducido de periodistas de la Unidad Popular, en la propia Moneda, en la noche del mismo día 8 de agosto. Infortu-

nadamente, no estoy en situación de decir los nombres de esos periodistas, porque todavía están en Chile, algunos presos y otros en la clandestinidad. Y uno asesinado, como es el caso de Augusto Olivares Becerra.

5. La existencia de la cinta magnética, un sumario de su contenido y una versión de esta reunión, también fue dada por Allende a un grúppo reducido de periodistas de la Unidad Popular para fundamentar su petición de no informar sobre estos sucesos ya que la situación estaba «extremadamente crítica». Los sucesos del día siguiente fueron casi públicos, incluso con arengas en los patios de las bases aéreas involucradas, con salidas y entradas de correos militares fáciles de identificar. Pero se respetó el acuerdo con Allende y los diarios de izquierda no informaron del hecho, en sus detalles, sino en general y de manera indirecta. Los periodistas de derecha callaron totalmente.

6. Durante la campaña presidencial, en 1970, muchos periodistas acompañaron día y noche, por sus viajes por todo Chile, a Salvador Allende, y al final de la jornada, en diversas ocasiones se planteó el problema de qué harían las Fuerzas Armadas si la Unidad Popular ganaba. Desde entonces, se supo por boca de Allende que «por lo menos tengo un general amigo, que es Torres de la Cruz». Y lo definía el propio Allende como «allendista». Incluso llegó a decir que su quinta antigüedad en el Ejército en la época (la lista era Schneider, Prats, Pinochet, Urbina, Torres de la Cruz, Bonillas) daba garantías suficientes. Más tarde, después de los sucesos de octubre de 1970, Torres de la Cruz volvió a ser citado por los asesores del Presidente en problemas militares como «leal». Cuando a partir de marzo-abril de 1973 comenzaron a ocurrir los allanamientos militares a las fábricas, funcionarios responsables de la Unidad Popular fueron a hablar con Torres de la Cruz en Punta Arenas (donde Allende lo había nombrado Intendente para «reforzar» la lucha contra el contrabando de armas de los grupos fascistas civiles desde Argentina), a fin de conocer qué pasaba en el seno del Ejército. Por supuesto, Torres de la Cruz informó que éstos eran excesos propios del tipo de operación que significaban los allanamientos (la brutalidad, castigo a las obreras y obreros, etcétera).

7. El caso de Augusto Pinochet en el drama que vive Chile es muy particular. Hoy, en 1974, aparece como el jefe más cruel de una Junta Militar fascista. Y sin embargo, en 1973, hasta junio de ese año, los generales conspiradores dudaban mucho de Pinochet, sobre todo porque siempre se mostró partidario de la línea seguida por el comandante en jefe de la época, Carlos Prats, y porque muchos de los cursos de Estado Mayor que dictó se daban bajo el lema impuesto por Prats de «defensa de la constitucionalidad en caso de amotinamiento militar». El general Pinochet fue el último eslabón en cerrarse (en realidad, el general Mendoza fue informado más tarde, pero su importancia no es comparable con la de Pinochet), y la razón fundamental que dieron los generales Leigh, Bonilla, Brady y Arellano y el almirante Merino para «invitarlo» a ser jefe de la Junta, fue que con ello se impedían fracturas en el Ejército. Tal vez esta realidad de Pinochet, de ser ajeno por tanto tiempo al grupo conspirador, lo mantuvo fuera también del plan para asesinar a Allende. La participación de Mendoza en el plan de asesinato se justifica, porque desde 1971, había demostrado una aversión casi enfermiza a la Unidad Popular, llegando incluso a retardar la entrada de Carabineros para despegar las calles en la capital en las manifestaciones de oposición. Mendoza, en realidad, era conocido públicamente como «enemigo de la Unidad Popular» desde el comienzo del período de Allende.